

El Pequeño Vampiro

en la boca del lobo



ANGELA SOMMER-BODENBURG



Anton, vestido de vampiro, entra vacilante en el cementerio. Anna, Rüdiger, Lumpi el Fuerte y él han sido invitados a una fiesta de disfraces en casa del jardinero, quien se dedica a perseguir a vampiros. Anton está muy preocupado por sus amigos, pero de repente se le ocurre otra idea más terrible: ¿y si el jardinero lo toma por un auténtico vampiro y se abalanza sobre él con una de sus afiladas estacas?



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro en la boca del lobo

El pequeño vampiro -10

ePUB r1.0
Eibisi 12.12.13

Título original: *Der kleine Vampir in der Höhle des Löwen*

Angela Sommer-Bodenburg, 1989

Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1990

Ilustraciones: Magdalene Hanke-Basfeld

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.0



Este libro es para Burghardt, que es valiente como un león; para Katja, con su melena de león, y para todos los fans del pequeño vampiro... sean valientes como leones o no.

Angela Sommer-Bodenburg



Another
Illustration
from
1911

Theodor
von Siegen
1870-1892

Lumpi
of Enzels
1839-?

Ludwig
et Terzillo
1863-1850

Fildegard
la Solente
1874-1849

Prinzessin
et Papst
1830-?

Anna
la Valente
1842-?

Wilhelm
et Teresa
1870-1848

Journal
moralique
de la Famille
von
Hallerstein

Sabine
et Tombe
1810-1847



Muy espontáneo

Era viernes por la noche. Anton estaba sentado en su cama leyendo *El vampiro de Amsterdam...*, aunque no tan concentrado como otras veces, pues no hacía más que mirar una y otra vez hacia la ventana abierta, con la esperanza de ver al pequeño vampiro.

Sus padres se habían marchado hacía ya media hora. En realidad no tenían previsto salir aquella noche, pero luego, de forma «muy espontánea» —como tanto les gustaba decir últimamente—, habían decidido ir a bañarse a la piscina cubierta.

Por supuesto, habían instado a Anton a que se fuera con ellos, pero él había respondido que aquello para él era «demasiado espontáneo». Y que, además, se sentía demasiado agotado porque había estado toda la tarde jugando al hockey con Ole.

—Está bien, ¡si no tienes ganas de hacer nada *con nosotros!*... —había contestado su madre, indignada como siempre que a Anton no le entusiasmaba una propuesta de sus padres—. ¡Pues entonces después iremos a tomarnos un vino!

—Por mí... —había dicho Anton riéndose para sus adentros.

Sin embargo, ahora el tiempo pasaba y pasaba y el pequeño vampiro no aparecía Anton empezó a tiritar de frío. Se levantó para cerrar la ventana.

De repente, sin embargo, una pequeña figura vestida de negro aterrizó en el alféizar de la ventana y entró de un salto en la habitación con una alegre risita. Era... ¡Anna!

—¡Buenas noches, Anton! —le saludó.

—Hola, Anna —contestó él... abochornado por el hecho de que sus pensamientos hubieran estado puestos sólo en Rüdiger.

Anna tenía un aspecto diferente al de otras veces; así como... más cuidado. ¿Sería acaso por la cinta de color rojo oscuro que llevaba en la frente? Su blanca piel tenía un brillo rosado y desprendía un agradable olor a jazmín, su nuevo perfume.

—¿Tienes algo previsto para esta noche? —preguntó Anton con la voz ronca.

Anna sonrió misteriosamente.

—¡Nosotros tenemos algo previsto!

—¿Nosotros?

—Sí, Lumpi, Rüdiger y yo... y tú también, si quieres.

—¿Lumpi también va?

Anton se estremeció al recordar que la última vez que habían estado juntos en la bolera del Valle de la Amargura Lumpi se había roto una uña... y le había amenazado a Anton con que se las iba a pagar.

—Pero... ¡es que se va a vengar de mí!

—¿Quién se va a vengar de ti?

—¡Pues Lumpi!

—¿Lumpi?

—¡Sí! ¡Por haberse roto aquella vez la uña jugando a los bolos en el Valle de la Amargura!

—¡Bas, eso ya se le ha olvidado hace mucho! —dijo Anna.

—¿De verdad?

—Segurísimo. ¡Te puedes venir tranquilo!

—Y... ¿a dónde? —preguntó cautelosamente Anton.

Anna soltó una risita.

—¡A olisquear!

—¿A olisquear? —repitió Anton algo desconcertado.

—¡Sí, a olisquear en casa de Schnuppermaul ^[1]!



Amigos

—¿Vosotros..., vosotros vais a ir a casa de Geiermeier?

—¡Exactamente!

—Pero, ¿eso no es demasiado peligroso?

—¿Peligroso? —dijo Anna volviendo a soltar una risita—. Pero si Geiermeier está en el hospital...

—Bueno, sí, pero ¿y Schnuppermaul?... Al fin y al cabo, es el ayudante de Geiermeier. ¡Seguro que Geiermeier le ha dado instrucciones exactas de cómo tiene que proseguir la lucha contra vosotros!

—¡Y eso qué más da! —dijo Anna—. Sea como sea, Schnuppermaul no le ha hecho caso. Lumpi y él se han hecho amigos, para que lo sepas.

—¿Que se han hecho... amigos?

—Bueno, no como tú y yo —repuso Anna mirando a Anton con una tierna sonrisa—. Pero Lumpi dice que Schnuppermaul sin Geiermeier es completamente inofensivo. Y que además Schnuppermaul le da pena.

—¿Que le da pena? —dijo Anton... perplejo por tal delicadeza de sentimientos en Lumpi.

—Anna asintió.

—Desde que Geiermeier está en el hospital, Schnuppermaul se siente realmente solo. ¡Y por eso está tan contento de haber conocido hace unas noches a Lumpi en el cementerio!

Anna soltó una risita y siguió diciendo:

—Imagínate: Lumpi le contó a Schnuppermaul que iba a una fiesta de disfraces. Y entonces Schnuppermaul le preguntó a Lumpi si no podía llevarle con él. ¡Que en su casa se aburría como un muerto!

Anna volvió a soltar la risita.



—Lumpi —siguió diciendo ella— contestó que desgraciadamente no le podía llevar, ¡pero le

dijo que él, Schnuppermaul, podía organizar una fiesta de disfraces en su propia casa! ¡Y que entonces Lumpi iría con su disfraz y celebraría la fiesta con Schnuppermaul! Sí, sí, y a Schnuppermaul le entusiasmó tanto la propuesta que invitó a Lumpi para esta misma noche. Y le dijo que se llevara a un par de amigos.

Anna se puso a toser de la risa. Anton vio de pronto sus dientes de vampiro, resplandecientemente blancos y terriblemente afilados.

Anna se dio cuenta de su mirada y se tapó en seguida la boca con la mano.

—¿Te vienes entonces? —preguntó.

—Pero... si Geiermeier tiene colgadas ristras de ajos por todas partes... —repuso Anton.

Anna sacudió la cabeza.

—Ya no. Lumpi le dijo a Schnuppermaul que si por casualidad tenía ajos en la casa, los hiciera desaparecer. Que los ajos no pegaban con su disfraz de vampiro. Así que Schnuppermaul ha tirado todos los ajos. Y no sólo eso... —Anna hizo una pausa—. ¡Él también va a disfrazarse de vampiro!

—¿Schnuppermaul? ¿De vampiro?

—¿No es gracioso? ¡Ahora tú eres el único que queda por transformarse en vampiro!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —dijo Anna muy dulcemente mirándole con los ojos grandes y brillantes.

—¡Pero yo no quiero convertirme en vampiro! —exclamó con voz ronca Anton.

El rostro de ella se nubló y repuso ofendida:

—Yo quería decir solamente con maquillaje blanco y polvos de tocador. Y con...

Ella sacó de debajo de su capa de vampiro una segunda capa y se la dio a Anton.

—¡Con la capa de Tío Theodor! —dijo ella.

—Gracias —dijo apocado Anton, que se estaba arrepintiéndolo ya de su vehemencia.

Y para aplacar la ira de ella preguntó:

—¿Me ayudas a maquillarme?

—¿Y tus padres?

—En remojo.

—¿En remojo?

—¡Bueno, sí, en la piscina!

—¡Ah! Pues entonces te ayudaré con mucho gusto —dijo Anna volviendo a sonreír de nuevo.

Una lástima, una verdadera lástima

Mientras cogía los polvos de tocador y la crema para niños del armario del cuarto de baño, Anton se acordó de cómo el pequeño vampiro le había ayudado a maquillarse la noche del gran baile de los vampiros, al que Anton asistió disfrazado.

En aquella ocasión Rüdiger le peinó con tan poca suavidad que a Anton casi le salen chichones. ¡Y con los polvos el pequeño vampiro fue tan generoso que Anton casi no podía ni respirar!

Anna, por el contrario, repartió la crema para niños con mucho cuidado sobre la cara de Anton, extendiéndosela delicadamente con el dedo por la piel. Los polvos de tocador se los echó primero en las palmas de las manos y luego se los extendió a Anton por la piel.



Lo único, el pelo de Anton... Ella le pegó los mismos tirones que el pequeño vampiro.

—¡Ay! —se quejó Anton, que sentía como si le estuvieran arrancando mechones enteros de pelo.

—¿Te duele? —preguntó ella sorprendida.

—¡Sí!

—¿De verdad? —dijo Anna poniéndose colorada—. ¡Pues yo me tengo que peinar con mucha más fuerza todavía! Pero creo que ya es suficiente.

Ella dejó el peine y Anton se miró en el espejo.

—No está mal —dijo.

Su piel parecía tan pálida como la de un muerto... ¡Realmente auténtico!

Cogió el lápiz de cejas de su madre y se pintó dos grandes ojeras negras. Luego se pintó los labios con un pintalabios rojo y se volvió hacia Anna con una amplia risa irónica.

—¿Qué tal estoy?

—¡Monísimo! —dijo ella suspirando, y con una sonrisa melancólica añadió—: Realmente es

una lástima, Anton, una verdadera lástima...

No dijo nada más, pero Anton ya había comprendido qué era lo que, a juicio de ella, consideraba «una lástima».

—¿Echamos a volar? —preguntó él rápidamente.

—Tus pantalones —contestó ella—. Los vampiros todavía no llevan pantalones vaqueros...
¡Por desgracia!

—Ah, sí.

Anton se miró. Llevaba puestos sus vaqueros azules y el jersey gris.

—Yo... —dijo— no tengo nada negro.

—Ah, ¿no? —dijo simplemente Anna sonriendo como si supiera más de lo que decía.

Anton volvió a repasar mentalmente todos los pantalones que tenía.

¡No, ya no tenía ningún pantalón negro desde que su madre había dado los de lino a un ropero!

—Seguro que no —aseguró él.

Anna sonrió irónicamente.

—¡Sí que tienes algo negro! Algo muy especial, y es negro.

Anton sacudió la cabeza:

—¡No!

—¡Claro que sí! —repuso Anna poniendo hocico—. ¡Y es el traje!

—Ah, el traje... —dijo cortado Anton.

¡Cómo no se habría acordado antes!

Anna había descubierto el viejo traje en el sótano del castillo en ruinas y Anton se lo había llevado a casa... por ella.

Desde entonces, la antiquísima prenda estaba escondida en su ropero.

—Yo..., yo pensaba que era demasiado bueno para la fiesta de disfraces —contestó él.

Pero diciendo aquello Anton se cayó con todo el equipo.

—¿Demasiado bueno... estando yo en ella? —exclamó indignada Anna.

—No..., no es por ti —tartamudeó Anton—. Demasiado bueno para Schnuppermaul, porque..., ¡porque lo mismo se ensucia y luego ya no se pueden quitar las manchas!

El propio Anton se dio cuenta de que era una excusa bastante torpe, pero así, de pronto, no se le había ocurrido otra mejor.

Anna le lanzó una mirada sombría.

—Probablemente lo que pasa es que ya no tienes el traje... y no me lo quieres decir.

—¿Que no tengo ya el traje? —exclamó Anton con fingida indignación.

Antonio Bohnsackio el Lúgubre

Se fue corriendo a su habitación y poco tiempo después regresó con el viejo traje negro y el vestido de encaje de Anna. Al ver su vestido, Anna pareció apaciguarse. Lo cogió y pasó absorta la mano por la tela, que ya estaba bastante gastada.

—¿Quieres que me lo ponga? —preguntó ella en voz baja mirando a Anton con una sonrisa cariñosa.

—Sí —dijo él con voz ronca... ¡Qué otra cosa podía responder!

—¿Y tú? ¿Te vas a poner tu traje?

Él asintió forzado.

—Ay, Anton, será maravilloso —dijo Anna soltando un profundo suspiro—. Entonces ahora me iré a tu habitación a cambiarme. Y luego nos iremos a la fiesta de disfraces en casa de Schnuppermaul... haciendo pareja: ¡tú con tu traje y yo con el vestido!

Salió riéndose del baño. «¿Haciendo pareja?», pensó con malestar Anton observando su imagen reflejada en el espejo.

El que tenía allí delante, sin embargo, no era en absoluto Anton Bohnsack, sino Antonio Bohnsackio el Lúgubre: ¡un vampiro!

Y Antonio Bohnsackio sí que podía ir de pareja con Anna von Schlotterstein a la fiesta de disfraces...

En su habitación, Anton comprobó en seguida qué razón tenía con lo de ir a la fiesta de disfraces.

—¡Qué pinta más estupenda tienes! —exclamó Anna al entrar él.

—Tú también —contestó Anton, y realmente no mentía, ¡pues lo único que le parecía horrible era su vestido!

Anna se puso colorada.

—Por desgracia, esta ropa es muy poco práctica —dijo ella.

—¡Efectivamente! —asintió Anton.

El traje le quedaba demasiado ancho y demasiado largo, y además la tela le picaba muchísimo.

—El caso es que con esta ropa no podemos volar —declaró Anna con una sonrisa de lamentación.

—¿No?

—No. Sería demasiado arriesgado. Podríamos quedarnos enganchados en algún sitio. O se nos podrían enredar los brazos en la tela y entonces nos caeríamos... ¡a pesar de las capas!

—¿Quieres decir que tendremos que ir a pie?

—Sí, iremos paseando... ¡Como los seres humanos! —dijo Anna con una risita.

«¿Como los seres humanos?», pensó Anton. Anna parecía haberse olvidado de algo: ¡El sí era un ser humano!

Sin embargo, se calló para que ella no volviera a enfadarse.

—Espero que no nos encontremos con mis padres —murmuró.

—¿Con tus padres? —dijo sobresaltada Anna—. ¿Crees que están ya de vuelta?

—No tengo ni idea, pero si tenemos que ir andando, deberíamos marcharnos ya.

Peatones

—¡Estoy lista! —dijo Anna arremangándose el vestido y saliendo de la habitación pavoneándose.

Anton fue rápidamente hasta la ventana y la dejó entornada de tal forma que cuando regresara sólo tuviera que empujarla para entrar en la habitación.

Luego cerró la puerta de su habitación con llave desde fuera y se guardó la llave en un bolsillo del pantalón.

La puerta de la vivienda la cerró sin echar la llave.

Sus padres nunca dejaban la puerta cerrada con llave cuando se marchaban. Según decían ellos, por el peligro de incendio.

Ya en el pasillo exterior, Anton miró precavidamente hacia todos lados. Pero no se veía a nadie; ni a la señora Miesmann, ni a la señora Puvogel.

—Si viene alguien, podemos decir que vamos a una fiesta de disfraces —le susurró Anna—. ¡Seguro que es convincente!

—¡No creo que a *mis padres* les convenciera! —repuso Anton apretando el botón del ascensor.

Esperó nervioso hasta que llegó el ascensor y se abrió la puerta. ¡La cabina estaba vacía! Y también el portal parecía desierto.

Anton respiró aliviado. Anna y él debían de tener un ángel de la guarda... No: ¡un vampiro de la guarda! Ya fuera de la casa, se echaron las capas de vampiro por encima para camuflarse mejor.

—¡Oh, qué emocionante es pasear contigo! —dijo Anna riéndose bajo.

Anton no respondió.

Preocupado, iba examinando los coches que se aproximaban.

Sólo se quedó tranquilo cuando dejaron atrás la urbanización y se adentraron en el oscuro camino lleno de maleza que conducía al cementerio.

—¿Rüdiger está ya en casa de Schnuppermaul? —preguntó con voz ronca.

—No. Tengo que ir a buscarles a la cripta.

—¿A buscarles?

—¡Sí, a Rüdiger y a Lumpi!

—Lumpi... —repitió con desagrado Anton.

¡Ojalá fuese realmente verdad que a Lumpi se le había olvidado lo de la uña rota!

Oficialmente

Cuanto más se acercaban al cementerio, peor se sentía Anton, ¡en el fondo ya se estaba arrepintiendo de haberse dejado convencer por Anna de ir a aquella fiesta de disfraces en casa de Schnuppermaul!

Hubiera preferido darse la vuelta..., pero no lo hizo por miedo a que Lumpi y Rüdiger le tacharan de cobarde. Y, además, ya asomaba el alto muro, pintado de blanco, que rodeaba la parte anterior y bien cuidada del cementerio.

—Esta noche no tenemos que trepar por el muro del cementerio —dijo ella con una sonrisita—. ¡Al fin y al cabo, estamos invitados oficialmente!



Ella corrió hacia el portón tan aprisa como le permitió su largo vestido y movió el picaporte. El portón se abrió con un chirrido.

—¡Ven! —susurró Anna.

Anton entró vacilante en el cementerio.

Sintió un ligero temor incluso en presencia de Anna, pero se armó de valor y la siguió.

Anna se detuvo al llegar a la vieja capilla, cuya puerta de hierro estaba cerrada con un gran candado que destellaba a la luz de la luna.

—¡Espéranos aquí! —dijo ella, y desapareció entre los arbustos.

Anton se apoyó con fuerza en la pared de piedra de la capilla y permaneció inmóvil. Se le pasaron por la cabeza ideas horribles: ¿y si a Geiermeier le habían dejado salir del hospital antes de tiempo?... ¡Seguro que el guardián del cementerio tomaría a Anton por un auténtico vampiro y se abalanzaría sobre él con una de sus afiladas estacas!

O, peor aún, ¿y si llegara allí uno de los parientes adultos del pequeño vampiro? Tía Dorothee, por ejemplo...

¡Anton estaría perdido y entonces ni siquiera Anna podría salvarle!

Lleno de miedo miró a su alrededor y escuchó con atención.

¿No había crujido algo por allí?

¿Y no se había deslizado por allá algo grande, oscuro y en posición agachada corriendo hacia los altos matorrales?

Anton sintió que se le ponían los pelos de punta.

Tanteó con la mano la puerta de hierro de la capilla. Quizá se pudiera abrir el candado y Anton podría encontrar, en caso de máxima necesidad, refugio en el interior de la capilla...

Pero no encontró el candado... Y a moverse no se atrevía.

Se quedó allí conteniendo la respiración y con la mirada dirigida hacia los altos matorrales.

En la mejor compañía

Y de repente —a Anton se le paralizó la sangre en las venas— una figura fornida y vestida de negro salió de los matorrales, se enderezó y se encaminó hacia él a pasos largos y ligeros...

—¡Un vampiro! —balbució.

El vampiro tenía un aspecto tan terrorífico que Anton creyó que iba a desmayarse: el pelo lo tenía rojo y le sobresalía salvajemente de la cabeza; la boca era de color rojo chillón y tenía unas ojeras tan profundas y tan negras como un cráter...

—¡No! —gimió Anton—. ¡No!

El vampiro ya estaba a un palmo de él, pero, inesperadamente, se detuvo y su gran boca soltó una risotada burlona.

Anton vio nebulosamente los colmillos del vampiro, afilados como cuchillos y de un blanco resplandeciente.



—¡No! —se quejó Anton—. ¡No!

Una voz profunda y graznante contestó:

—¿Qué es lo que le pasa a mi pequeño Anton? ¿Por qué tiembla de esa manera? Y su frente..., ¡pero si está empapada en sudor!

Anton abrió los ojos.

Aquella voz...

—¿Todavía no sabes quién soy? —preguntó el vampiro riéndose con un graznido ronco.

Sólo había uno que se riera así...

—¿Lumpi? —preguntó con voz temblorosa Anton.

—¡Bueno, por fin te has dado cuenta! —siseó Lumpi.

Luego se dio la vuelta y exclamó:

—Ya puedes venir. ¡Ha sobrevivido!

Anton vio que de entre los matorrales salía una segunda figura negra. También iba muy acicalada..., pero Anton reconoció bajo el maquillaje al pequeño vampiro.

—Vaya sorpresa, ¿eh? —graznó Lumpi.

Anton le miró sofocado.

—¡Tu Anton tiene los nervios como asas de ataúd! —dijo entonces Lumpi—. Yo pensaba que nada más ver mi maquillaje para la fiesta de disfraces iba a salir corriendo pegando gritos.

—Bah, sí... —dijo el pequeño vampiro—. Es que le ha imprimido carácter.

—¿Que le ha imprimido carácter?... —inquirió Lumpi sacudiendo su melena—. ¿Te refieres a los polvos rojos?

—¡No! ¡Mi *valor* le ha imprimido carácter! —repuso el pequeño vampiro riéndose burlonamente.

Él también llevaba polvos de color rojo en el pelo. Y sus ojeras, que ya de por sí eran oscuras, las había reforzado, exactamente igual que Lumpi, con gruesos trazos negros.

Los dos se habían pintado los labios con bastante torpeza: saliéndose mucho de las comisuras; así que vistos desde cerca tenían un aspecto más bien cómico. Como de payasos de circo.

Anton no pudo evitar reírse irónicamente a pesar del susto que aún tenía metido en los huesos.

El pequeño vampiro debió de tomar la risa de Anton por una expresión de admiración, pues dijo en tono halagüeño:

—¡Tu maquillaje tampoco está mal! En todo caso, es mucho más auténtico que cuando el baile de los vampiros.

«¡Sí, gracias a Anna!», pensó Anton.

Y en voz alta preguntó:

—¿Y Anna dónde está?

—Vendrá más tarde —repuso con indiferencia el pequeño vampiro.

Anton se sobresaltó.

—¿Vendrá más tarde?

¡Ir a casa de Geiermeier y Schnuppermaul sin Anna no le parecía demasiado tentador! Hasta entonces en las situaciones difíciles Anna había sido casi siempre la que se había puesto a favor de Anton y le había ayudado... Como aquella vez de la noche transilvana en la habitación de Anton cuando sus padres descubrieron el terrible desorden que había.

Aquella noche el pequeño vampiro sólo tuvo ojos para Olga... Casi igual que esta noche, en la que parecía interesarse únicamente por Lumpi. ¡Y permitir que Lumpi le pegara un susto de muerte tampoco era muy amable por su parte!

Anton ya estaba pensando si no sería mejor volverse a casa aunque Lumpi y Rüdiger le tacharan de gallina y de aguafiestas..., pero entonces vio salir de detrás de la capilla a una pequeña figura envuelta en un ropaje blanco que le llegaba hasta el suelo.

En un primer momento creyó que era un fantasma, ¡pero luego comprendió que era Anna!

También ella tenía un aspecto extraño: el pelo salvajemente amontonado y teñido de rojo y la boca pintada de color rojo oscuro.

Ella le sonrió a Anton y dijo disculpándose:

—¡Espero no haber tardado demasiado!

—¡Pero si Anton estaba en la mejor compañía!... —repuso Lumpi riéndose de forma atronadora.

Y dándole un fuerte golpe en el costado a Rüdiger añadió jovialmente:

—¡Bueno, y ahora a la fiesta de disfraces!

Como chinches en la cripta

Se dio media vuelta y echó a andar a grandes zancadas. Mientras tanto, el pequeño vampiro corría detrás de él... haciendo esfuerzos para mantenerse a la misma altura que Lumpi.

Anna y Anton les seguían a alguna distancia.

—¿Y es completamente seguro que Geiermeier está todavía en el hospital? —preguntó Anton.

—Sí, absolutamente seguro —contestó Anna.

Y en tono misterioso añadió:

—Lo sé por propia observación.

—¿Por propia observación?

—¡Sí! Anoche pasé volando por el hospital y vi a Geiermeier acostado en su cama. E imagínate —dijo con una risita—: estaba tan delgado y tan pálido... ¡como un vampiro!

—¿Geiermeier?

—Sí. ¡Si viniera a nuestra fiesta de disfraces, tendría una pinta auténtica!

—Mejor no —dijo rápidamente Anton—. Con Schnuppermaul ya tengo bastante.

«Y con Lumpi», añadió para sus adentros. Observó preocupado al vampiro grande y ancho de hombros que avanzaba decidido hacia la casa del guardián del cementerio, seguido por un nervioso pequeño vampiro.

—¡Es una suerte que estés *tú* aquí! —suspiró.

Anna sonrió y dijo:

—¡Lo que es una suerte es que *tú* estés aquí, Anton! Sin ti no me importaría nada la fiesta de disfraces. ¡Y Lumpi y Rüdiger mucho menos! ¡Si supieras cómo me tienen los dos hasta el gorro con su «sociedad filarmónica para hombres»!

—¿Con qué? —preguntó anonadado Anton.

—¡Con su «sociedad filarmónica para hombres»! Pero no les digas que yo te lo he dicho.

—No, no.

—¡Esta noche, por cierto, quieren preguntarle a Schnuppermaul si quiere entrar en su sociedad!

—¿Schnuppermaul?

—Sí. Dicen que tiene unos discos buenísimos. Y una guitarra de verdad, con tres cuerdas.

Anton sacudió la cabeza irritado.

—Yo creía que lo que querían fundar era un nuevo *grupo* de hombres. Pero una sociedad filarmónica para hombres... ¿Es que tienen alguna idea de música?

—¡Qué va: nada de nada! Lo que pasa es que Lumpi dijo que los grupos de hombres los hay hoy como chinches en la cripta. Y que en cambio una sociedad filarmónica para hombres es algo completamente nuevo. Y además que era mucho más..., mucho más..., ¡positivo!; justo: ¡eso es lo que dijo!

Tiíta...

—Y a ti seguro que también te preguntan si... —siguió diciendo Anna, pero de repente se interrumpió sobresaltada.

Cogió a Anton del brazo y antes de que él supiera cómo, le había arrastrado detrás de un arbusto que había al borde del camino.

—¡Chsss...! —le chistó poniéndose un dedo en la boca para que él no dijera nada—. ¡Tía Dorothee!

—¿Tía Dorothee? —balbució Anton sintiendo cómo le entraba el miedo en todos los miembros de su cuerpo.

—¡Sí, allí delante, con Lumpi y con Rüdiger! —dijo susurrando Anna.

Y en voz baja añadió:

—A nosotros todavía no nos ha descubierto.

—¿Todavía? —dijo Anton castañeteándole los dientes.



El tupido matorral le impedía la visión; así que no podía ver ni a Lumpi ni a Rüdiger ni a la terrorífica Tía Dorothee. Pero los ojos de los vampiros eran mucho más agudos que los de los seres humanos...

—No debemos movernos del sitio —susurró Anna—. ¡A mí con el vestido puesto no debe verme de ninguna manera, y a ti mucho menos aún!

Anton oyó aterrado cómo la voz de Tía Dorothee resonaba por el cementerio:

—¿Lumpi? ¿Rüdiger?

—Sí, ¿qué pasa, títa? —respondió Lumpi de una forma tan natural como si no le hubiera sorprendido absolutamente nada encontrarse allí con Tía Dorothee.

—¿A dónde vais? —preguntó tajante Tía Dorothee.

Anton notó que se le aflojaban las rodillas.

—A la ciudad a asustar a la gente —contestó Lumpi—. ¿Es que no se ve?

—¿Por eso os habéis arreglado tanto?

—Sí, para que la gente eche a correr gritando —dijo Lumpi riéndose roncamente—. ¡Eso te da fuerza, eso da vigor, te mantiene en forma y te lo pasas bien!

—¡Ay, vosotros y vuestras chiquilladas! —dijo Tía Dorothee ya con el ánimo más templado—. Pero tened en cuenta las reglas: ¡con los seres humanos sólo pueden mantenerse aquellos contactos que aprovechan a la conservación de nuestra especie!... ¡Nada de amistades!

—Eso se da por descontado, Tía Dorothee —repuso jactancioso Lumpi.

—¿Y Rüdiger qué? —inquirió Tía Dorothee—. ¡Ya ha tenido prohibición de cripta una vez por trabar amistad con un chico!

Cuando Anton oyó aquellas palabras le entraron escalofríos.

—Con una vez ya ha tenido bastante —aseguró Lumpi—. No lo volvería a hacer, ¿verdad, Rüdiger?

—¡No, no, jamás! —llegó rápidamente la respuesta del pequeño vampiro.

—Está bien —dijo Tía Dorothee—. Pues por mí entonces marchaos a asustar a los seres humanos. ¡Yo me iré a la cripta a acostarme!

—¿Cómo? ¿Ya? —preguntó Lumpi.

—Sí. Me siento un poco rara —explicó Tía Dorothee—. ¡Quizá sea simplemente que he comido demasiado! —dijo ella entonces riéndose con estridencia.

—¡Que te mejores, títa! —dijo Lumpi con voz aflautada.

—Gracias —dijo muy digna Tía Dorothee.

—¡Se marcha! —susurró Anna.

Anton suspiró profundamente.

—Bueno, ya está en la cripta —anunció Anna poco después.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—He oído el ruido de la piedra que tapa nuestro agujero de entrada. ¡Ven!

Ella salió de la sombra del arbusto y Anton la siguió vacilante.

Un nudo en la garganta

—¿Y... y si Tía Dorothee vuelve? —preguntó Anton con la voz áspera.

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuso Anna—. No, seguro que se echa una siestecita.

A pesar de aquella afirmación, a Anton no se le quitó la sensación de angustia que tenía.

—¿Y Lumpi y Rüdiger? —preguntó él con voz ronca luchando contra su creciente miedo—.

¿Los ves?

—No —contestó Anna—. Supongo que ya estarán en casa de Schnuppermaul.

—¿En la casa? ¿Crees tú que no nos esperan?

—¿Esperarnos? ¡Sí, a ti quizá sí! —dijo Anna.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Anton.

—¡A mí Rüdiger seguro que no me esperaría! ¡Con lo celoso que es!...

—¿Celoso?

—¡Efectivamente! —declaró Anna—. ¡A Rüdiger no le gusta *compartirte conmigo!*

A Anton se le puso de repente un nudo en la garganta.

—¿Compartirme... contigo?

—No es lo que tú te crees —dijo Anna con una risita—. ¡Me refiero como amigo!

—Ah, bueno —murmuró Anton.

¿Serían quizá los celos el motivo por el cual aquella noche el pequeño vampiro le había «ignorado» tan expresamente?

—A Rüdiger le hubiera gustado ir a recogerte para ir a la fiesta de disfraces —dijo entonces Anna confirmando las sospechas de Anton—. Pero Lumpi dijo que teníamos que jugárnoslo a los dados y que quien sacara la puntuación más baja iría a recogerte... ¡Y, naturalmente, gané yo! —añadió ella complacida—. Yo saqué un uno y Rüdiger un seis.

«¡Pobre Rüdiger!», pensó Anton... Pero, por si acaso, se lo guardó para sí.

El camino hacía entonces un recodo y detrás del recodo, para alivio de Anton, se encontraron con Rüdiger y con Lumpi.

La conferencia de los vampiros

Ambos estaban apoyados en la puerta del jardín de Geiermeier acechando con la vista hacia la casa.

—¡Por fin estáis aquí! —gruñó Lumpi.

Anton se colocó al lado del pequeño vampiro junto a la puerta.

—Hola, Rüdiger —dijo en voz baja.

El pequeño vampiro le lanzó una mirada de soslayo.

—Hola, Anton —contestó..., algo más amable que antes, según le pareció a Anton.

—¿Por qué estáis aquí todavía? —preguntó Anna—. ¿Es que hay algo que no marcha?

—Bueno... —dijo Lumpi estirando la palabra—. Es que acabamos de celebrar una conferencia.

—¿Una conferencia?

—Sí, hemos estado pensando quién de nosotros sería el más apropiado para llamar al timbre de la casa de Schnuppermaul y ver si está solo.

Al decir aquello miró fijamente y con una amplia sonrisa irónica a Anton.

—¡Yo ya sé quién! —dijo Anna.

—Ah, ¿sí? —dijo Lumpi sin desviar la vista de Anton—. ¡Seguro que estás pensando en este joven amigo a quien tanto aprecia Rüdiger! ¡Sí, vamos a ver lo valiente que es nuestro Anton Bohnsack!

Anton estaba allí muy tieso, como hipnotizado. Tenía la sensación de que todo se le había parado: los latidos de su corazón, su respiración... Pero entonces Anna le cogió del brazo y le sacudió suavemente, como para despertarle.

—¡Yo voto por Rüdiger! —declaró ella con firmeza.

—¿Por *mí*? —gritó el pequeño vampiro—. ¡Pero Schnuppermaul es mucho más grande y más fuerte que yo!

—¿Sí? —dijo Anna—. ¿Y Anton qué? Schnuppermaul también es mucho más grande y más fuerte que Anton.

—¡Pero no más fuerte que yo! —se hizo notar entonces Lumpi—. ¡Yo soy mucho más fuerte que Schnuppermaul!

—¿Por qué no vas tú entonces? —dijo sagazmente Anna—. Siendo tan fuerte como eres...

—Sí, tienes razón —afirmó halagado Lumpi—. Debo ir yo... ¡Yo, Lumpi el Fuerte!

Abrió de un empujón la puerta del jardín y con la cabeza bien alta desfiló hacia la casa.

—¡Fanfarrón! —siseó el pequeño vampiro..., pero en voz tan baja que sólo pudieron oírlo Anton y Anna.

A los ataúdes..., listos..., ¡ya!

Lumpi se detuvo ante la puerta de la casa y examinó el vestíbulo iluminado mirando por la mirilla oval. Sólo después tocó el timbre. Anton contuvo la respiración.

Se abrió entonces la puerta y salió una figura de un aspecto espantoso. Anton, sin embargo, se dio cuenta en seguida de que era Schnuppermaul, el jardinero del cementerio, por la gran nariz aguileña y las enormes manos. Lo que más terrorífico parecía en su cara blanca como la cal eran los ojos: Schnuppermaul se los había pintado todo alrededor de rojo. Iba vestido con bastante propiedad, con una capa de tela negra que le llegaba hasta el suelo. «¡Probablemente se la ha hecho él mismo!», pensó Anton.

Lumpi lanzó un silbido elogioso entre dientes.

—¡Vaya, vaya! —exclamó.

—¿Le gusta mi atavío? —preguntó Schnuppermaul con orgullo en su voz.

—Su... ¿qué? —preguntó Lumpi estirando el cuello como si buscara un ascensor ^[2].

—¡Mi disfraz! —le explicó Schnuppermaul.

—Ah... ¡sí, sí!

Lumpi tosió.

—¿Está usted solo? —preguntó luego Lumpi con marcada intrepidez.

Schnuppermaul se rió irónicamente.

—¡Espero que no por mucho tiempo! ¿Ha traído usted a sus amigos?

—Por supuesto que sí —dijo fanfarroneando Lumpi—. ¿Podemos entrar?

—Se lo ruego —contestó el jardinero del cementerio echándose un paso a un lado.

Lumpi volvió la cabeza y exclamó:

—¡A los ataúdes..., listos..., ya! Podéis venir.

—¿Cuántos son sus amigos? —preguntó Schnuppermaul riéndose... medio preocupado, medio esperanzado.

—Tres —contestó Lumpi entrando en la casa pasando por delante de Schnuppermaul.

—No: dos... ¡y una *amiga*! —le contradijo Anna.

Ella se recogió el dobladillo de su vestido y se dirigió hacia la puerta de la casa con paso decidido.

—¿También hay una chica? —dijo Schnuppermaul con una risita—. ¡Qué sorpresa!

—¿Sorpresa? —siseó el pequeño vampiro—. Anna no es una sorpresa... ¡Es más bien un fracaso!

Anton iba a responder algo para defender el honor de Anna..., pero luego se acordó de lo que Anna le había contado sobre los celos de Rüdiger. Así que prefirió no decir nada.

Lentamente, se dirigió hacia la casa del guardián del cementerio detrás del pequeño vampiro.

¡Cordialmente bienvenidos!

Anton nunca había estado en la casa de Geiermeier. Solamente en una ocasión, escondido tras un arbusto, había observado cómo Schnuppermaul salía de la casa e iba al cubo de la basura.

A través de la puerta abierta Anton había podido ver el vestíbulo... y se le había puesto la carne de gallina: allí había un cesto lleno de largas y afiladas estacas, y en la pared un crucifijo rodeado por una ristra de ajos.

Cuando Anton pasó ahora junto a Schnuppermaul y entró en el vestíbulo, sus expectativas eran temerosas... Sin embargo, excepto un paraguas negro pasado de moda, la cesta parecía estar vacía. Y alrededor del crucifijo..., como correspondía a una fiesta de disfraces, había un par de serpentinatas.

—¡Cordialmente bienvenidos! —exclamó entonces Schnuppermaul con una exagerada amabilidad y haciendo un movimiento como si fuera a abrazar a Anton y al pequeño vampiro.



Anton, sin embargo, dio rápidamente un paso atrás.

Schnuppermaul preguntó irritado:

—¿Es que no se puede decir «cordialmente» entre los vampiros?

—Sí, sí —confirmó el pequeño vampiro con voz engolada.

Anton vio cómo Rüdiger se relamía arrobado.

—¡Los vampiros —dijo Rüdiger— están abiertos a todo lo que venga del corazón!

Anton se sobresaltó.

De todas formas, parecía que Schnuppermaul no había entendido en absoluto la indirecta del pequeño vampiro, pues se rió despreocupadamente y dijo:

—Entonces me quedo tranquilo. Así que vuelvo a decirlo: ¡cordialmente bienvenidos, colegas vampiros! ¡Y ahora bajemos a la cámara funeraria!

—¿Bajar a la cámara funeraria? —repitió Anton dirigiendo una mirada de preocupación al

interior de la casa.

Lumpi y Anna ya habían pasado delante y él no podía ver ni oír qué estaban haciendo.

—¡Sí! Todo está adornado al estilo vampiro.

Con una risita de satisfacción, Schnuppermaul se dio la vuelta para ponerse en marcha.

—¿Al estilo vampiro? —dijo el pequeño vampiro riéndose Irónicamente—. ¡Estoy intrigado por ver a qué llama Schnuppermaul «al estilo vampiro»! —le susurró a Anton.

«Bajemos a la cámara funeraria»... ¡Aquello no había sonado muy tentador!

Anton siguió angustiado al pequeño vampiro. Llegaron a la escalera, en la que una lámpara tapada con tela despedía una extraña luz rojiza.

Anton miró a su alrededor con malestar, pero tampoco descubrió allí ninguna señal de la especialidad de Geiermeier: la caza de vampiros.

En las paredes sólo había un par de viejas fotos en marcos polvorientos... y un espejo completamente deslustrado.

—¡Aquí tenéis auténticas antigüedades! —dijo el pequeño vampiro señalando con un movimiento de cabeza el espejo, en el que ya nadie se podía reflejar.

—Sí, al señor Geiermeier le gusta lo antiguo —contestó Schnuppermaul—. Y mantiene la tradición.

—¡Nosotros también! —resonó entonces la voz de Lumpi, que parecía venir de abajo, del sótano.

—Estas fotos de aquí, por ejemplo —continuó diciendo con ensoñación Schnuppermaul—.

¡Todas proceden de la casa paterna del señor Geiermeier!

—Ah, ¿de veras? —dijo Anton.

—¿Y el equipo estéreo también era de sus padres? —preguntó Lumpi.

Su voz sonó amortiguada y misteriosa, como si procediera realmente de una cámara funeraria.

—¡No, ése es mío! —repuso Schnuppermaul con visible orgullo—. Pero, por favor, no lo encienda todavía, señor Von Schlotterstein. ¡Espere usted un minuto a que le pueda enseñar qué mandos puede usted mover si así lo desea!

Levantó su capa y, con cuidado, poniendo cautelosamente un pie tras otro, bajó las escaleras del sótano.

Pero Lumpi al parecer ya había encontrado los mandos apropiados: sonó música pop a todo volumen, y Lumpi vociferó:

—Beso su mano, *Monsieur*...

—Pero..., esto no puede ser —dijo Schnuppermaul.

Su protesta se ahogó entre el canto de Lumpi, ahora a más volumen, y al que se había unido también la clara risita de Anna.

—¡No, esto no puede ser! —exclamó el pequeño vampiro, y riéndose maliciosamente echó a correr detrás de Schnuppermaul.

—¡Espera! —le rogó Anton..., pero Rüdiger ya había desaparecido por el sótano.

El ejercicio hace al vampiro

¿Debía Anton seguirle? Pero, ¿qué iba a encontrar allí abajo, en la «cámara funeraria» de Schnuppermaul?

Mientras aún lo estaba pensando sonaron unas chillonas carcajadas, la música se interrumpió y se oyó entonces la voz de Schnuppermaul:

—No, de veras; es decir, no sé... ¿No creen ustedes que estoy bastante auténtico de vampiro?

Anton notó cómo le corrían escalofríos.

Bastante auténtico de vampiro...

¿A Schnuppermaul no irían Lumpi, Rüdiger y Anna a...?

¡Y Schnuppermaul no tenía ni la más ligera sospecha de que los tres sí que eran *auténticos vampiros!*

A él, Anton, seguro que no iban a hacerle nada..., aunque sólo fuera por su vieja amistad. Pero, ¿cómo se comportarían con el jardinero del cementerio, que, junto con Geiermeier, les había obligado a abandonar su queridísima cripta?

Anton se agarró a la barandilla de la escalera del sótano y bajó muy lentamente los escalones.

Cuando llegó el penúltimo escalón, se volvió a oír una salvaje carcajada. Inmediatamente después apareció Schnuppermaul, seguido de Lumpi, Anna y Rüdiger.

A Anton se le pusieron las mejillas coloradas de bochorno, pues los vampiros a Schnuppermaul en absoluto le habían..., eh..., mordido. Sólo le habían cardado su cabello rubio pajizo y se lo habían empolvado de rojo.



—¿No es verdad que ahora parece mucho más un vampiro? —preguntó Anna con una risita.

—Sí, sí —dijo con voz ronca Anton.

—Imagínate: él no quería. Se ha resistido de verdad —le informó Anna—. ¡Díselo tú! ¡Dile que así tiene una pinta mucho mejor y, sobre todo, más auténtica!

Anton carraspeó.

—Re..., realmente parece usted mucho más auténtico.

—¿De verdad? —dijo Schnuppermaul sonriendo ahora y mesándose con afectación sus cabellos, salvajemente de punta—. Es que todavía estoy poco ejercitado —dijo disculpándose.

—¡Pronto se ejercita lo que un auténtico vampiro quiere llegar a ser! —repuso Lumpi riéndose atonadoramente—. O dicho de otra manera: ¡El ejercicio hace al vampiro!

Schnuppermaul le miró arqueando las cejas.

—¿El ejercicio hace al vampiro? —repitió interrogante—. Ah, ya. ¡Usted se refiere a que debemos organizar más fiestas de disfraces de vampiro!

—Exactamente a eso me refiero —dijo Lumpi riéndose todavía más alto.

—¡No es mala idea! —dijo Schnuppermaul.

Se pasó la mano por su capa y con una risita apocada reconoció:

—¿Saben una cosa?... A mí realmente no me gustan las fiestas de disfraces. Pero transformarse en un vampiro... ¡Eso es distinto a los piratas y los *cowboys* de siempre!

—¡Efectivamente! —corroboró Lumpi.

Anna y Rüdiger se miraron y se rieron tapándose la boca con la mano.

Anton tuvo una desagradable sensación en el estómago. ¡Schnuppermaul podía tener un poco más cuidado en la elección de sus palabras!

¡Con qué facilidad podía entender Lumpi como una invitación eso de «transformarse en un vampiro»!

A régimen

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó rápidamente para desviar la conversación hacia un tema menos peligroso.

—¡Oh, ahora inauguraremos el bufet! —repuso complacido Schnuppermaul, y volvió a subir las escaleras del sótano.

—¡El bufet! —dijo Anna prorrumpiendo en una sonora carcajada.

Schnuppermaul se quedó parado.

—No habrán cenado ustedes ya, ¿no? —preguntó preocupado.

Lumpi tosió ligeramente.

—No exactamente —dijo.

—¡Ah, bien, me alegro! —dijo Schnuppermaul.

Cuando llegó arriba, añadió riéndose satisfecho consigo mismo:

—Pero yo creo que con mi bufet se servirían hasta los vampiros de verdad. ¡Sólo hay comida y bebidas propias de vampiros!

—¿Sólo comida y bebidas propias de vampiros? —exclamó Lumpi soltando un gallo—. ¿Qué es?

—Sí, ¿qué? —exclamó ahora también el pequeño vampiro.

Schnuppermaul puso cara de misterio.

—¡Será mejor que lo vean por sí mismos, señores míos!

—¡Cómo que «señores míos»! —se indignó Anna, que era la última que había llegado a la escalera—. ¡Parece que yo estoy sobrando aquí, ¿no?!

—No, de ningún modo —aseguró Schnuppermaul—. Yo sólo pensaba que usted estaría a régimen, señorita.

—¡Que ella estaría a régimen! ¡Ja, ja, ja! —exclamó Lumpi señalando con el dedo a Anna—. ¡Mi hermana pequeña a régimen! ¡Me muero de risa!

Anna, furiosa, le sacó la lengua.

—¡Grosero! —aulló ella.

—Perdóneme, por favor —dijo apocado Schnuppermaul—. Yo..., yo no quería ofenderla, señorita, pero como se había divertido tanto cuando cité el bufet, yo creí que...

—¡Si Anna estuviera a régimen, pronto no quedaría nada de ella! —dijo el pequeño vampiro.

—¡Disculpe usted! —volvió a rogar Schnuppermaul—. Pero quizá con ese vestido tan ancho no se vea realmente si alguien esconde un par de kilitos de más.

—¿Un par de kilitos de más? —dijo Lumpi riéndose con un graznido—. ¡Mi hermana pequeña esconde otras cosas muy diferentes debajo de su vestido, ji, ji!

Anna se había puesto colorada.

—Sí, exactamente —se rió burlonamente el pequeño vampiro—. Preciosos y agujereados leotardos de lana... Igual que yo.

—Ponerme en ridículo delante de Anton... ¡Sí, podéis hacerlo! —exclamó Anna con lágrimas en los ojos—. Pero para que lo sepáis: ¡me importáis un comino vosotros y vuestra estúpida fiesta

de disfraces! ¡Me voy!

Se recogió el vestido y lanzando fuertes sollozos se fue dando traspies hacia la puerta.

—¡Anna! —exclamó consternado Anton queriendo seguirla.



Sin embargo; el pequeño vampiro le agarró de la capa y siseó:

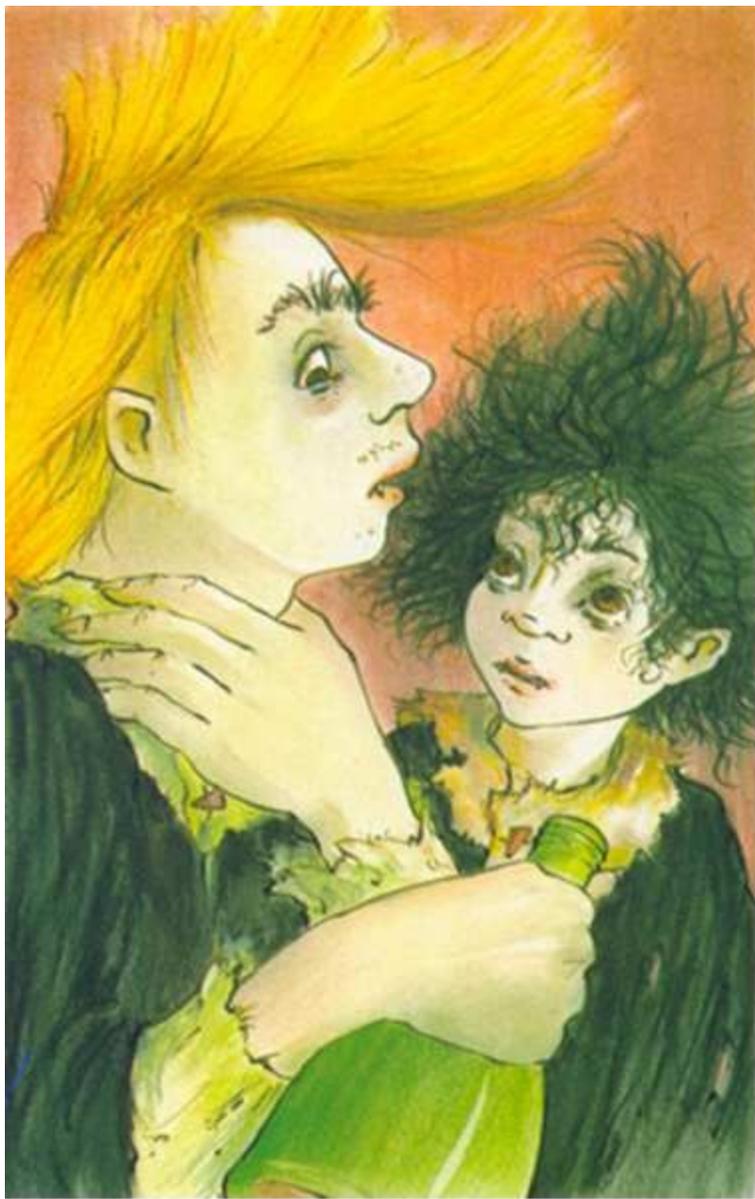
—Déjala. Cuando se pone así, Anna es capaz de todo. Como tengas mala suerte, te arranca los ojos.

—¿Quién? ¿Anna? —dijo Anton sin creérselo.

—¡Justo, Anna! —confirmó Lumpi—. ¿Has olvidado que está emparentada *conmigo*? —dijo soltando una carcajada como un mugido a la que se unió el pequeño vampiro.

Anton apretó los labios y se calló. Oyó los sollozos de Anna que se alejaba y luego se cerró la puerta de la casa.

Lumpi soltó un profundo suspiro.



—¡Bueno, por fin! —dijo—. Nos hemos librado de la aguafiestas.

Dirigiéndose a Schnuppermaul preguntó con voz dulzona:

—¿No íbamos a inaugurar el bufet?

—Sí, sí —dijo desconcertado Schnuppermaul—. Yo..., yo espero que no haya sido por culpa mía por lo que su señorita hermana se ha marchado tan precipitadamente...

—¡No, no, seguro que no! —dijo Lumpi mirando a Anton con una alevosa sonrisa burlona—. Seguramente tendrá otra cita.

—¡Sí, probablemente con Waldi el Malo! —completó el pequeño vampiro con no menos malicia.

—¿Con Waldi el Malo? —repitió Schnuppermaul con una risita—. ¡Tienen ustedes unos nombres tan graciosos en su pandilla!... Deben de ser nombres artísticos, ¿no?

—Lo ha adivinado —dijo Lumpi—. Todos nosotros en nuestra stirpe..., eh..., en nuestra pandilla, somos artistas, artistas de la vida; no: ¡artistas de la supervivencia!

—¡Tienen que ser un grupo divertido! —dijo Schnuppermaul sonriendo satisfecho.

—Sí, muy divertido —confirmó Anton absolutamente en serio. Y con voz de ultratumba

añadió—: ¡Y muy hambriento!

—Ah, sí... —dijo Schnuppermaul—. ¡El bufet! Vengan, señores míos. En la sala está todo preparado.

Él fue delante y abrió una puerta corredera.

—¿En la sala? —dijo Lumpi dándole un codazo al pequeño vampiro—. ¡Me parece que sería más apropiado decir «en la boca del lobo»!

Era lo mismo que estaba pensando Anton.

La sala de Geiermeier... ¡Quién sabía qué les esperaba allí a él y a los dos vampiros!

Bonito zumo rojo

Al entrar, la mirada de Anton fue a parar inmediatamente a la gran mesa redonda que había en el centro de la habitación y que estaba cubierta con un mantel negro.

Anton se acercó anonadado. ¡Nunca había visto una mesa puesta de aquella manera! Había naranjas —«¡Naranjas sanguinas!», como Schnuppermaul recalcó—, gruesas morcillas negras —«¡Morcillas de sangre!», como Schnuppermaul aseguró lleno de orgullo— y los más diversos manjares y golosinas de color rojo: tomates, butifarra ahumada y jamón, flan de gelatina, piruletas, caramelos y... muchísimos ositos de goma rojos.

Anton miró disimuladamente al pequeño vampiro, que estaba en el extremo opuesto de la mesa. ¡Se acordó de la felicidad con que el pequeño vampiro había sonreído aquella noche del sábado —ya legendaria— en la que estuvo por primera vez en casa de Anton y descubrió la bolsa de los ositos de goma!

—Mira: ositos de goma —había exclamado, para añadir luego—: Antes mi abuela siempre me daba alguno.

Con el gesto contraído había probado uno... y lo había escupido entre terribles toses y gemidos.

Para Anton su amistad había empezado justo en aquel momento, pues un vampiro que se alegraba por los ositos de goma, con toda seguridad no era un monstruo sediento de sangre, sino, más bien, un vampiro humano al que, incluso..., se podía tener compasión.

De todas formas, esta noche el pequeño vampiro ni siquiera miró los ositos de goma.

En lugar de ello cogió una botellita panzuda de transparente cristal que contenía un líquido de color rojo oscuro y no llevaba etiqueta.

—¿Y esto qué es? —preguntó con voz ronca.

—Zumo —contestó Schnuppermaul con una risita—. Bonito zumo rojo.

—¡Zumo! ¡Iiih! —exclamó el pequeño vampiro con repugnancia.

—¿Por qué? —intervino entonces Lumpi—. ¡Si es el auténtico zumo, el zumo de la vida!... —dijo excitado haciendo castañetear sus afilados dientes—. ¿Es... zumo de vida? —exclamó.

Schnuppermaul encogió apocado los hombros.

—Mi tía sólo me ha dicho que contiene vitaminas y oligoelementos, necesarios para la vida...; sí, y que no tiene ningún aditivo químico.

—¿Su tía? —preguntó Lumpi, y se oyó cómo respiraba más deprisa—. ¿El zumo rojo es de su tía?

—Sí —confirmó Schnuppermaul—. De Tía Bertha.

—De Tía Bertha... —repitió pensativo Lumpi.

Le quitó de un tirón la botella al pequeño vampiro y se la puso muy cerca de los ojos.

—Es un zumo muy denso —dijo con una risita.

—Tía Bertha ha dicho que también se puede tomar diluido —explicó Schnuppermaul.

—¿Diluido? —gritó Lumpi—. ¡No lo quiera Drácula!

Con dedos temblorosos desenroscó el tapón. Luego se llevó la botella a la boca y se la bebió

entera de un solo trago.

—¡Pero se está bebiendo usted todo el zumo, señor Von Schlotterstein! —exclamó Schnuppermaul—. No..., no creo yo que tantas vitaminas y tantos oligoelementos de una vez sean buenos para la salud.



Debía de tener razón, aunque en otro sentido completamente distinto. Apenas había dejado caer la botella, el pálido rostro de Lumpi empezó a cobrar un color horrible: al principio se le puso rosa, luego color púrpura y, finalmente, violeta.

—¡Esto no era zumo de vida! —resolló—. Era veneno, veneno puro.

—¿Veneno? —dijo Schnuppermaul cogiendo de la alfombra con gesto ofendido la botella vacía—. ¡Era el acreditado zumo de cereza de Tía Bertha! —explicó muy digno—. El señor Geiermeier y yo nos bebemos un vasito todas las mañanas. El señor Geiermeier dice que el zumo es pura medicina.

—¡Zumo de cereza! —gimió Lumpi—. Mi pobre estómago...

—Oh, todo lo contrario —le contradijo Schnuppermaul—. ¿No conoce usted el dicho?: «¡Si tu estómago tiene pereza, ponlo en forma con zumo de cereza!».

—No, no lo conocía —suspiró Lumpi, cuya cara iba recobrando poco a poco un color normal—, pero, ¿tiene usted aquí en algún sitio un cuarto de baño?

—¡Naturalmente! —contestó Schnuppermaul—. ¿Me permite que le lleve? Está en el primer piso.

Lumpi no respondió. Se llevó las manos al estómago y gimió:

—Ay, qué retortijones...

—¡Venga usted! —exclamó asustado Schnuppermaul.

Cogió del brazo a Lumpi y salió con él por la puerta.

Agujeros en los dientes

—¡Tened cuidado con el «Schaumi-Doll»! —les gritó el pequeño vampiro.

—¿«Schaumi-Doll»? —preguntó Anton, a quien el nombre no le resultaba desconocido.

—¿Ya no te acuerdas? —dijo Rüdiger con una risita—. ¡La historia que te leí de nuestra crónica familiar!

—Ah, sí...

Anton ya se acordaba: aquella noche que los vampiros tuvieron que llevar sus ataúdes al Valle de la Amargura el pequeño vampiro había ido volando hasta el cuarto de baño de Geiermeier, había cerrado la puerta por dentro con llave, le había puesto el tapón a la bañera, había abierto el grifo y había vaciado en el agua un bote de «Schaumi-Doll».

Durante el resto de la noche Geiermeier y Schnuppermaul estuvieron ocupados abriendo la puerta y secando el baño, y los vampiros pudieron terminar su «Tour del ataúd» sin que nadie les molestara...

—¿Tú crees que Lumpi se encuentra muy mal? —preguntó ahora Anton.

El pequeño vampiro se rió burlonamente.

—Mientras no fuera *licor* de cereza, todavía hay esperanzas para él.

Anton tragó saliva.

—¿Quieres decir que si fuera licor, se... moriría?

—¡Ay, Anton! ¡Tú siempre te olvidas de que nosotros ya estamos muertos! —repuso divertido el pequeño vampiro—. No, lo peor que podría pasarle a Lumpi sería que se tuviera que pasar una semana en el ataúd con dolores de estómago.

—Ah, bueno... —dijo aliviado Anton.

¡Aunque Lumpi no era precisamente su amigo, Anton no le deseaba nada malo!

—De todas formas, yo nunca apagaría mi sed bebiendo de una botella —dijo el pequeño vampiro señalando con un gesto de repugnancia las muchas botellas que quedaban aún en la mesa.

Algunas llevaban etiqueta y eran botellas de refrescos o de zumos completamente normales, de las que se pueden comprar en las tiendas. Otras daban la impresión de ser conservas procedentes del sótano de Tía Bertha.

—¿Y tú? —preguntó Rüdiger—. ¿Tú no tienes sed?

Anton se encogió de hombros.

—¿Yo?

—Sí, ¿quién va a ser? —dijo el vampiro contrayendo su rostro en una amplia risa burlona que hizo que Anton le viera sus colmillos, afilados como agujas.

—Sí, sí..., sí tengo sed —tartamudeó Anton.

Rápidamente cogió una botella con una etiqueta amarilla.

—«Bárbara Roja» —leyó en alto Anton con voz opaca—. «El buen refresco de los bosques de Suecia, enriquecido con auténtico zumo de escaramujo». Espero que no sea demasiado ácido —dijo mientras desenroscaba el tapón.

Miró por la mesa buscando un vaso, pero no encontró ninguno; así que, al final, se llevó la

botella a la boca igual que había hecho Lumpi.

De todas formas, Anton sólo bebió con precaución un par de traguitos.

—¿Qué, está ácido? —le preguntó el pequeño vampiro con risita de alegrarse del mal ajeno.

—Nooo. Más bien demasiado dulce.

—¿Demasiado dulce? Entonces te saldrán agujeros en los dientes, ¿no es cierto?

Anton le lanzó una sombría mirada de soslayo y sin decir palabra volvió a colocar la botella en la mesa.

—Eh, ¿cómo es que no te la bebes entera? —preguntó el pequeño vampiro.

—Porque no quiero tener agujeros en los dientes, por eso —dijo Anton.

—¡Pero es que cuando vuelva Schnuppermaul tiene que estar la botella completamente vacía! —exclamó excitado el pequeño vampiro—. Y todas estas cosas de comer... Los tomates y el jamón y estas gruesas morcillas y las naranjas... Supongo que te gustarán, ¿no?

—¿No podrías comerte por lo menos un *par* de cosas... como aquella vez en el tren cuando entró aquella señora en nuestro compartimento?... Sí, la de los rizos rubios que no encontraba sus gafas.

Anton negó con la cabeza.

—¡Cuando no tengo hambre, no puedo comer nada! —repuso... y ahora fue él quien sintió alegría por el mal ajeno.

—Pero aquella vez en el tren tampoco tenías hambre; por lo menos no mucha —afirmó el vampiro—. Y, sin embargo, *te* serviste abundantemente.

—Ah, ¿sí?

Anton ya no se acordaba muy bien de lo que había comido, pero de una cosa sí se acordaba: la cesta de picnic de la señora Giftich contenían cosas muy apetitosas.

—Probablemente me serví en abundancia porque tú me lo rogaste educadamente —observó con una sonrisa burlona.

—¡¿Que yo te lo rogué a *ti* educadamente?! —resopló perplejo Rüdiger—. Yo nunca ruego nada... ¡y educadamente muchísimo menos!

Anton se rió con más ironía aún.

—Entonces *intenta* rogármelo educadamente. Si lo haces, quizá coja algo.

Y es que encima de la mesa había algunas cosas que le atraían bastante a Anton: la gran piruleta roja, los ositos de goma, las naranjas. Y detrás de las morcillas descubrió que había, incluso, una cestita de fresas...

—¡Está bien!

El pequeño vampiro sacudió tanto su salvaje melena que espolvoreó los polvos de tocador rojo, y gruñó:

—¿Serías..., por favor, tan amable de comerte un par de cosas de éstas?

Aquello había sonado más bien como una orden..., pero Anton se dio por satisfecho.

—¡Oh, sí, con mucho gusto! —susurró cogiendo la cestita de las fresas.

Beneficiosas para la sangre

Cuando regresó Lumpi, sujetado por Schnuppermaul, Anton se había comido las fresas, una naranja, un tomate, dos rodajas de butifarra ahumada, un buen trozo de flan de gelatina y un puñado de ositos de goma.

Había abierto además tres botellas (si bien sólo de las que tenían etiqueta, ¡porque le inspiraban más confianza!) y se había bebido un par de tragos de cada una de ellas.

Aun cuando la composición del menú había sido bastante inusual..., ¡a Anton le había gustado, fiel al dicho de «comer y rascar todo es empezar»!

Schnuppermaul parecía que tenía también esa impresión, pues dijo satisfecho:

—¡Ya veo que se han servido en abundancia de los manjares, señores míos!

—Sí, sí que lo hemos hecho —dijo el pequeño vampiro mientras Anton se metía en la boca un par de bombones rojos como postre.

Schnuppermaul lanzó una mirada de preocupación a Lumpi, que tenía aspecto de estar bastante débil.

—¿No quiere usted coger también algo, señor Von Schlotterstein? —le animó a Lumpi—. ¡Un buen bocadillo de jamón le vendría muy bien ahora, creo yo!

—¿Un bocadillo de jamón? —gimió Lumpi—. No, no, de ninguna manera...

Mientras lo dijo le castañetearon los dientes cómo si tuviera fiebre.

—¡O esto de aquí, mire! —dijo Schnuppermaul soltando el brazo de Lumpi y levantando el plato de las morcillas...—. Estas exquisitas morcillas —dijo en tono elogioso—. No solamente son sabrosísimas, no; también son nutritivas y sobre todo... ¡beneficiosas para la sangre!

—¿Beneficiosas para la sangre? —repitió Lumpi con voz monótona, y tambaleándose muchísimo dio un paso hacia Schnuppermaul.

Anton vio sobrecogido cómo Lumpi extendía hacia el cuello del jardinero del cementerio sus grandes manos, de largas y afiladas uñas.

Sin embargo, en el último momento Lumpi se contuvo y agarró el respaldo de una silla, en la que se sujetó.

Schnuppermaul se le quedó mirando fijamente con ojos muy abiertos y llenos de asombro. De todas formas, no parecía haberse dado cuenta del verdadero motivo de aquella fantasmagórica escena, pues declaró:

—¡Podrá decir usted lo que quiera, señor Von Schlotterstein, pero usted tiene que ir a un médico!

Lumpi, sin embargo, no dijo absolutamente nada y simplemente gimió.

—¡Un médico no! —repuso entonces el pequeño vampiro—. Lumpi tiene que salir a que le dé el aire fresco.

Se acercó a Lumpi y le sacudió.

—¡Vamos, venga! —dijo el pequeño vampiro urgiéndole.

—¿A que le dé el aire fresco? —preguntó dubitativo Schnuppermaul—. ¿En este estado?

—¡Sí! El aire fresco es lo único que le puede hacer bien.

El pequeño vampiro sacudió con más fuerza a Lumpi, pero Lumpi no se inmutó.

—¡Vamos, venga! —volvió a decir Rüdiger.

Lumpi entonces levantó la cabeza.

Tenía un aspecto terrible: perlas de sudor le cubrían la frente y su piel había cobrado un color verdoso.



—El zumo —gimió—. No era un simple zumo. Tenía algo más...

—Probablemente una chispita de ron —dijo Schnuppermaul con una risita—. A veces Tía Bertha le echa algo de ron para mejorarle el sabor.

—¡Ron! —exclamó estridentemente Lumpi abalanzándose hacia la puerta.

—¡Oh, no! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Para nosotros el ron es casi tan malo como...!

Se interrumpió.

Sin preocuparse de Anton, echó a correr detrás de Lumpi, que había desaparecido por la escalera ahogándose. Anton se quedó rígido del susto.

Sólo cuando oyó el ruido de la puerta de la casa al cerrarse se despabiló y quiso seguir a los dos vampiros... Pero Schnuppermaul le sujetó de una punta de su capa.

¿Cree usted en vampiros?

—Quédese —le rogó.

—¡Pero es que mi amigo me necesita! —opuso Anton.

—¡Y yo le necesito más! —repuso Schnuppermaul en tono suplicante—. ¡Mire usted todas estas cosas tan buenas que he comprado! ¡Ahora no puede usted dejarme en la estacada!

Anton titubeó. Temía que a Lumpi le pudiera haber ocurrido algo terrible. Pero aunque así fuera..., él, Anton, apenas podía servir de gran ayuda a Lumpi.

—Está bien —murmuró echando mano de mala gana a un tomate.

—¡Gracias! —dijo Schnuppermaul cogiendo una rodaja de butifarra ahumada—. ¿Sabe usted? —continuó diciendo en tono de charla—. El señor Geiermeier no saldrá del hospital hasta dentro de dos semanas. ¡Y hasta entonces no hubiera aguantado yo solo! ¡Sí, y después el pobre señor Geiermeier tendrá que seguir probablemente un tratamiento durante tres meses!

—¿Durante tres meses? —exclamó Anton, y en su perplejidad casi se le cayó de la mano el segundo tomate, que acababa de morder.

—Muy mal, ¿no es cierto? —dijo Schnuppermaul—. ¡Pero para mí es casi exactamente igual de mal! Este puesto de trabajo en el cementerio...

Se tragó lo que tenía en la boca.

—¡Este trabajo —continuó— ya es difícil de soportar estando dos! Pero uno sólo... Piense usted en la soledad, el silencio por las noches, la oscuridad de los caminos, la cantidad de zarzas que hay aquí, detrás de las cuales quién sabe qué puede estar acechándole a uno.

Se estremeció.

—Sobre todo por las noches, durante la ronda, cuando de repente se para uno a pensar que quizá pudiera haber vampiros. Quiero decir *auténticos* vampiros..., ¡no gente disfrazada de vampiro tan simpática y tan inofensiva como usted y el señor Von Schlotterstein con su joven amigo!

Inquirió a Anton con la mirada.

—¿Cree usted en vampiros?

—¿Yo? —preguntó sorprendido Anton—. Sí..., digo..., no.

—Yo tampoco —contestó Schnuppermaul con una suave risita—. Por lo menos no del todo. Pero mi jefe, el señor Geiermeier... ¡Está noche tras noche a la caza!

—¿Qué? —exclamó sorprendido Anton—. ¡Yo creía que estaba en el hospital!

—Sí que está —dijo Schnuppermaul riéndose tímidamente—. Yo me refería a antes de que le diera el ataque al corazón. Pero el señor Geiermeier realmente exagera con lo de su caza de vampiros...

Suspiró profundamente.

—¡En Stuttgart, que es de donde yo soy, todo era mucho mejor que aquí! —dijo entonces, y al recordarlo se le iluminaron los ojos—. En Stuttgart no tenía que vivir en el cementerio... ¡Qué va! Allí tenía una habitación en el centro de la ciudad. Y mi trabajo también era mucho más fácil y más agradable: caminos limpios, zonas ajardinadas bien cuidadas, todo bien ordenado y

moderno... Y sobre todo: allí no había nadie que me metiera miedo con los vampiros...

Inútil seguir mintiendo

—¡Pero si no está comiendo usted nada! —exclamó de repente.

—Yo... mi estómago... —tartamudeó Anton.

—¿Tiene problemas con su estómago? ¡Pues entonces tendrá que tomarse un trago del zumo de cereza de Tía Bertha!

Schnuppermaul soltó una risita y dijo:

—¡Si tu estómago no se despierta, bebe el zumo de cereza de Tía Bertha!

—Ya he bebido zumo —repuso Anton—. Pero es que a mí tampoco me sienta bien el ron.

—¿De veras? —dijo Schnuppermaul incrédulo, guiñándole un ojo.

Cogió de la mesa una botella sin etiqueta, la abrió y olió su contenido. Luego se tomó un largo trago.

—Pues a mí el zumo me sienta extraordinariamente bien —dijo entusiasmado—. ¡Sobre todo cuando contiene ron!

—Pero, ¿por qué no nos sentamos? —preguntó luego Schnuppermaul después de dejar otra vez la botella—. Estando uno sentado es más fácil trabar amistad.

—Yo..., mis padres me están esperando —dijo rápidamente Anton.

Sin embargo, apenas soltó aquellas palabras se arrepintió de haberlas dicho y se hubiera dado de bofetadas por su imprudencia.

Schnuppermaul le escuchó con sorpresa.

—¿Sus padres? —preguntó—. ¿Vive usted aún con sus padres?

—Sí... —dijo Anton sintiendo que se ponía colorado por debajo de su maquillaje blanco.



Miró angustiado hacia la puerta y dijo:

—¡Ahora ya sí que no tengo más remedio que marcharme!

—Sus padres... —dijo Schnuppermaul observando pensativo a Anton.

Anton tenía la terrible sensación de que estaban a punto de descubrirle. Y efectivamente: en la

cara de Schnuppermaul apareció entonces una sonrisa y exclamó:

—¡Tus *padres*! Tú todavía no eres un adulto. No, ¡qué maravilla! ¡Con lo que me gustan a mí los niños!

Luego, de repente, arrugó la frente y preguntó:

—¿No nos hemos visto antes en algún sitio?

—¿Por..., por qué lo dice? —balbució Anton.

—Por tu pelo —contestó Schnuppermaul—. Ese tono claro..., ese brillo pálido...

Parecía, no obstante, que todavía no estaba del todo seguro. Anton, interiormente, temblaba lleno de nervios.

«¡Que no se acuerde, por favor!», dijo para sí a modo de breve oración.

Pero entonces Schnuppermaul se rió y exclamó:

—¡Ya me acuerdo! ¡Nos hemos visto aquí, en el cementerio!

—¿En el cementerio? —dijo Anton fingiendo sorpresa.

—¡Sí! Tú eres el simpático rubito del cubo de arena y la pala —dijo Schnuppermaul poniendo cara de estar muy satisfecho de sí mismo—. Viniste al cementerio porque al cajón de arena de tu casa le estaban cambiando la arena... ¡Justo, eso era!

Anton asintió avergonzado.

—Ah, sí —murmuró.

Era inútil seguir mintiendo.

—¿Te sigue gustando jugar en la arena? —le preguntó Schnuppermaul.

—Humm, sí —dijo Anton—. Pero es que la arena ya está otra vez tan... tan sucia...

—¿De verdad? —dijo con una risita Schnuppermaul—. Seguro que está llena de caquitas de perro, ¿no?

Anton asintió con la cabeza.

—¿Sabes una cosa? —dijo Schnuppermaul yéndose a la ventana y corriendo a un lado la gruesa cortina de color verde oscuro—. Yo podría instalar un cajón de arena en el jardín... ¡para ti solo y sin caquitas!

—¿Para mí solo? —fingió sentirse halagado Anton.

—¡Sí, para ti solo! —confirmó Schnuppermaul frotándose las manos.

Wölfi, el Amante de los Niños

—Por cierto... —dijo después de una pausa—. ¿Tú cómo te llamas?

—¿Que cómo me llamo? —repitió sobresaltado Anton.

Para ganar tiempo le contestó con otra pregunta:

—¿A qué nombre se refiere: al normal o al nombre de vampiro?

—¿Es que los vampiros tienen nombres especiales?

—¡Claro que sí! —respondió Anton. Y en tono acentuadamente misterioso añadió—: ¡Tienen nombres que no figuran en ninguna guía telefónica del mundo!

—¿De veras? —dijo Schnuppermaul visiblemente impresionado, como si Anton le hubiera confiado un profundo conocimiento—. ¿No vas a revelarme cuál es tu nombre secreto de vampiro? —preguntó luego.

Anton estiró el mentón.

—¡Antonio el Lúgubre!

—¡Qué estupendo! —dijo Schnuppermaul—. En realidad yo también debería ponerme, de acuerdo con mi disfraz, un nombre de vampiro, ¿no crees?

—Sí, sí, por supuesto —confirmó Anton riéndose burlescamente para sus adentros. ¿Qué diría Geiermeier si oyera aquello?

—¡Mi nombre, además, es que ni pintado! —exclamó Schnuppermaul con una risita—. ¡Me llamo Wolf-Rüdiger!

—¿*Wolf-Rüdiger*? —saltó como una bala Anton.

Schnuppermaul le miró extrañado.

—¿Tienes algo en contra de Rüdiger? —preguntó.

—No, no —aseguró rápidamente Anton.

—¡Sería además una tontería! —observó Schnuppermaul—. ¡Rüdiger significa «gloria» y «lanza» y es un nombre muy antiguo y muy honorable!

Gloria y lanza... Anton tomaría nota de los dos conceptos... ¡para contárselo al pequeño vampiro!

—Es que... yo conocí una vez a uno que se llamaba Rüdiger —explicó Anton—. Tenía unos pies enormes y siempre los iba arrastrando de una forma muy graciosa...

—¡Ah, era por eso! —dijo Schnuppermaul.

Le guiñó un ojo a Anton y le preguntó:

—¿Qué te parece si me pongo de nombre de vampiro «Wölfi, el Amante de los Niños?»

Anton hizo esfuerzos para permanecer serio.

—¡Sí, muy apropiado! —dijo, y su voz, con la risa reprimida, sonó bastante áspera—. Pero ahora tengo que irme, de verdad.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó Schnuppermaul.

—¿A... a mí? ¿A casa?

—¡Sí! Y así me presentarás a tus padres. Después de todo, ¡seguro que quieren saber con quién ha pasado la tarde su señor hijo!

—Yo, eh... bueno...

Anton pensó con rapidez cómo podía hacer desistir a Schnuppermaul de aquella propuesta completamente imposible.

Schnuppermaul debió de tomar la vacilación de Anton por una aprobación, pues dijo:

—Bueno, estupendo. Entonces te voy a envolver un par de cosas buenas de éstas y luego nos marchamos.

Soltó una risita y salió de la habitación diciendo:

—¡Voy un momento a la cocina por una bolsa!

Anton esperó un momento... Luego subió la escalera sin hacer ruido. Oyó a Schnuppermaul que hacía crujir alguna bolsa en la cocina.

Anton siguió andando de puntillas, cruzó el vestíbulo y alcanzó la puerta de la casa. Anton la abrió de un tirón y echó a correr.

Hormigueo en el estómago

No se detuvo hasta que no llegó al parque infantil que había delante de su casa.



Tenía la respiración entrecortada y se sentía muy mareado. Pero eso no se debía sólo a la carrera: desde la calle, Anton había visto que en su casa había luz.

¡O sea, que sus padres habían regresado de su salida a la piscina y del vino que iban a tomarse después antes de lo que Anton había esperado!

Y además tenían que haberse dado cuenta de que la puerta de la habitación de Anton estaba cerrada con llave...

Anton se imaginó angustiado cómo habían llamado a su puerta gritando su nombre...

¿Habrían, quizá, forzado la puerta? Fuera como fuese, ahora se había venido abajo su plan inicial de entrar en la casa a través de la ventana entornada...

«¿O tal vez no?», pensó después.

¿Y si afirmaba simplemente que estaba durmiendo como un lirón y que no había oído en absoluto los golpes a la puerta y las llamadas de sus padres?... ¡Eso, de todas formas, sólo saldría bien si sus padres *no* habían forzado la puerta!

Decidió volar hasta su ventana y mirar. Se quitó apresuradamente la vieja chaqueta que llevaba debajo de la capa de vampiro y se la enrolló a las caderas igual que había hecho aquella vez en las ruinas del Valle de la Amargura.

Los viejos pantalones se los dejó puestos. ¡Aun así seguro que lograría subir hasta su habitación!

Luego dio cautelosamente un par de pasos saliendo de la sombra del matorral.

Como no descubrió nada sospechoso, movió sus brazos arriba y abajo un par de veces. Con un hormigueo en el estómago, notó cómo sus pies se elevaban del suelo y empezaba a flotar.

Braceó con fuerza un par de veces... y echó a volar.

Anton aterrizó en el estrecho pretil que había delante de su ventana. Se mantuvo en un saliente de la pared de la casa y miró, temblando de nerviosismo, hacia el interior de su habitación, iluminada por la luz de la luna.



Reconoció, respirando con alivio, el claro rectángulo de la puerta de la habitación: ¡estaba cerrada!

Anton empujó la hoja entornada de la ventana y se deslizó al interior de la habitación.

Después, una vez dentro, cerró el pestillo de la ventana. Sin encender la luz se quitó la capa de vampiro y los pantalones del traje y los escondió, junto con la chaqueta, en su armario. Cuando ya se había puesto el pijama y se había sentado en el borde de la cama, encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Querido Anton

«¡Bueno, ahora ya pueden llamar a la puerta mis padres tranquilamente!», pensó Anton incorporándose satisfecho.

Su vista dio entonces con un paquete blanco, atado con un cordón, que estaba debajo del escritorio. Durante unos segundos a Anton se le quedó paralizado el corazón.

¿Habrían estado sus padres en el dormitorio?

Se levantó y se dirigió lentamente hacia el paquete. Pero no: lo que había allí encima de la alfombra seguro que no era de sus padres. Era un vestido blanco enrollado: ¡el vestido de encaje de Anna! Anton soltó un suspiro de alivio y cogió el paquete con un sentimiento casi de ternura.

¡O sea, que Anna había estado en su habitación!

Ahora vio que debajo del cordón había una hoja de papel. La sacó y empezó a leer:

Querido Anton:

¡Por favor, sigue guardándome un poco más el vestido! ¡Qué lástima que nuestra fiesta de disfraces tuviera que acabar así! Pero seguro que pronto nos volveremos a ver.

Desgraciadamente a tu fiesta no podremos ir... ¡por cuestiones familiares!

Tuya, Anna.

PD: ¿Van también chicas a tu fiesta? ¡Espero que no!

«¡Ahí va! ¡Si la fiesta es mañana por la noche!», se acordó Anton. Él, ya de por sí, no tenía demasiadas ganas de celebrar la fiesta..., simplemente por tener que pasarse horas recogiendo antes y después...

¡Pero ya sin Anna y el pequeño vampiro la fiesta le importaba un pimiento! Sería mejor irse a casa de su abuela y dejar a sus padres en la fiesta con Ole, Sebastian y Henning... ¡Al fin y al cabo, la idea de la fiesta había sido de ellos!

De repente, Anton oyó pasos en el pasillo.

—¿Tú crees que deberíamos intentar despertarle otra vez?

Aquella era la voz de su padre.

—¡Sí, desde luego! —contestó la madre de Anton.

Una situación difícil

Anton hizo desaparecer rápidamente la carta y el vestido en su armario. Luego se fue, sin hacer ningún ruido, a su cama y se tapó con la manta.

—¡Me parece que la cama ha crujido! —oyó susurrar excitada a su madre.

—Quizá se haya despertado —contestó el padre de Anton.

Entonces llamaron a la puerta.

—¿Anton? —preguntó su madre.

—¿Qué pasa?... —contestó Anton haciéndose el dormido.



—¡Nos tienes muy preocupados! —exclamó ella—. ¿Cómo es que has cerrado la puerta de tu habitación con llave? ¿Y cómo es que no has contestado cuando hemos llamado a la puerta?

—¿Habéis llamado a la puerta? —bostezó Anton—. Yo no he oído nada.

—¡¿Lo ves?! —dijo el padre de Anton, dirigiéndose sin duda a su mujer—. ¡No se ha enterado de nada! A su edad todavía se tiene un sueño muy profundo.

—Tú sabrás —repuso la madre de Anton molesta por aquella información—. ¡Pero yo

sospecho que él ha vuelto a tener una de sus pesadillas! —añadió ella incisiva.

—¡Efectivamente! —confirmó Anton—. He soñado que estaba en la cama durmiendo y de repente venían dos monstruos que querían despertarme...

Su madre soltó un bufido de indignación.

—¡Ahora abre la puerta, *por favor!* —dijo ella irritada.

Anton se rió burlonamente.

—¡No!

—¡¿Cómo que... no?! —preguntó ella perpleja.

—¡No!

—Pero eso es...

—Eso es un consejo del señor Schwartenfeger, ¡sí, señor! —dijo Anton riéndose para sus adentros.

—¿Del señor Schwartenfeger? —dijo ella vacilando.

Anton se imaginó cómo ella estaría mirando a su padre pidiéndole consejo sobre qué hacer.

—¿Qué es lo que tiene que ver el psicólogo con esto? —preguntó el padre de Anton.

—Pues mucho —afirmó Anton—. Él ha dicho que puedo cerrar con llave mi habitación cuantas veces quiera y todo el tiempo que yo quiera, porque...

Hizo una pausa e intentó acordarse de alguno de los términos favoritos del señor Schwartenfeger.

— ...porque eso forma parte del libre desarrollo de mi personalidad ...¡Sí, eso es lo que ha dicho! —declaró después, ¡orgulloso de haberse acordado de aquella complicada expresión!

De todas formas, no parecía que con ello hubiera sorprendido demasiado a su padre, pues éste bromeó:

—¿Qué es lo que tienes que desarrollar?

Anton prefirió no responder.

Afortunadamente, sin embargo, Anton había conseguido hacer dudar a su madre.

Más bien apocada y ni la mitad de enérgica que antes, ella dijo entonces:

—Si el señor Schwartenfeger dice que es tan importante para ti que cierres tu habitación con llave... De todas formas hablaré con él sobre ello.

«¡Por mí!»..., pensó Anton.

Al señor Schwartenfeger, de todas formas, le parecería bien todo aquello que sirviera al «libre desarrollo de la personalidad»; de eso estaba seguro Anton.

Ya creía que había ganado en toda línea... cuando su madre, de repente, exclamó:

—¡A pesar de todo, me gustaría darte las buenas noches!

Anton comprendió inmediatamente que ella no quería decirle buenas noches a través de la puerta, sino al lado de su cama.

Le sobrecogió un terror gélido. Y es que todavía no había tenido tiempo de quitarse el maquillaje del disfraz ni de poner nuevamente en orden sus alborotados cabellos.

—Ya me he acostado —murmuró—. Y la llave... la he quitado.

—¿Qué? ¿Que has quitado la llave? —exclamó ella—. Pues eso es una imprudencia. ¡Y si

ahora se inicia un fuego aquí, ¿qué?!



—Esta noche seguro que no va a iniciarse ningún fuego —intervino entonces el padre de Anton—. Y si Anton está de verdad tan cansado, ahora deberíamos dejarle dormir. Al fin y al cabo, mañana tiene que estar fresco y descansado... ¡para su fiesta!

—¡Efectivamente! —dijo Anton.

¡Su padre, con su proverbial ingenuidad, le había vuelto a librar de una situación difícil!

—Está bien —cedió la madre de Anton—. Bueno, pues que duermas bien, Anton.

—¡Igualmente!

—Fresco y descansado para la fiesta... —gruñó Anton cuando sus padres se fueron.

«¡Ojalá fuera ya sábado!», pensó. «Así ya habría pasado la estúpida fiesta».

Chusma

Sin embargo, la fiesta no fue, ni mucho menos, tan mala como Anton se había imaginado. La primera sorpresa favorable fue que Ole, Sebastian y Henning habían juntado sus ahorros y le habían comprado un grueso volumen de historias de terror.

La Bella y el Vampiro, se titulaba, y contenía en su mayor parte historias que Anton —por increíble que parezca— ¡aún no conocía!

Después de la cena (hubo salchichas con ensalada de patatas, pizza y tarta helada) estuvieron jugando a dar vueltas a la botella, al viaje a Jerusalén, a la gallinita ciega... Sí, y cuando el ambiente llegó a su punto más alto, Anton sacó del cajón de la costura un par de fundas de edredón viejas y organizaron carreras de sacos; especialmente para la señora Miesmann, la vecina de abajo.

Inmediatamente sonó el timbre de la puerta y el señor Miesmann pronunció uno de sus discursos que acababan en vulgares expresiones como «panda de gamberros» o «chusma».

Después tuvieron que jugar a «algo más tranquilo»: a las cartas.

La fiesta terminó con una piñata. Anton casi hizo trizas la cuchara de madera de la fuerza con que golpeó la tapa del cacharro —¡dedicado a la señora Miesmann!— y tuvo la segunda sorpresa agradable de la noche; debajo del cacharro encontró otro libro: *Hombres-lobo... Las trece mejores historias*.

No pudo evitar una risita irónica. ¿Aparecería también el libro «Wölfi, el Amante de los Niños»?

—¡Ha sido una fiesta estupenda, ¿no?! —dijo la madre de Anton cuando Anton, ya en pijama, llegó al cuarto de estar.

—Humm..., sí —dijo Anton reprimiendo una risa burlona—. Sobre todo los libros.

—¡Anton el ratón de biblioteca! —se rió su padre.

—¿Por qué? —dijo Anton fingiendo sorpresa—. Otros padres estarían contentos de que sus hijos leyeran libros. ¡Y yo no sólo leo, sino que incluso me gusta leer!

—Pero la cuestión es qué lee uno —repuso su madre—. ¡Y *La Bella y el Vampiro* no creo que pueda considerarse un «libro valioso»!

—Valioso —dijo Anton riéndose irónicamente—. ¡Lo principal es que las páginas estén llenas de texto!... Además —dijo después de una pausa—, si no me equivoco, el libro de *Hombres-lobo... Las trece mejores historias*... ¡lo habéis comprado vosotros!

—Lo ha comprado papá —le corrigió su madre.

—Sí... —dijo su padre guiñándole un ojo a Anton—. A mí sí me gustan los ratones de biblioteca... ¡Y también me gustan las páginas llenas de texto! —completó sonriendo satisfecho.

Peculiaridades que hay que respetar

De todas formas, aquella noche no era Anton el único ratón de biblioteca: cuando después de lavarse los dientes volvió a su habitación, una figura vestida de negro estaba sentada en su cama y parecía muy concentrada en el nuevo y grueso libro de terror.

Era...

—¡Rüdiger! —se alegró Anton.

El pequeño vampiro levantó la cabeza y contrajo la comisura de los labios poniendo un gesto burlón de reconocimiento.

—¡Esta es la historia más estupenda que jamás he leído! —dijo con voz ronca.

—¿Cuál? —preguntó Anton acercándose a él con curiosidad.

—¡Pues ésta de aquí! —contestó el vampiro manteniendo el libro en alto.

Anton vio un dibujo a plumilla en el que una mujer de aspecto exuberante y un hombre flaco y enfermizo se sonreían tiernamente. Al parecer, Rüdiger se había leído precisamente la historia que daba título al libro: ¡*La Bella y el Vampiro!*

—Una maravillosa historia —dijo el vampiro en un tono de voz soñador, completamente desconocido para Anton—. ¡Aquí se representa por fin correctamente a un vampiro!



—¿Correctamente? ¿Cómo? —preguntó Anton, que, al fin y al cabo, no conocía aún la historia.

—Bueno, pues como un tipo muy simpático que solamente tiene ciertas peculiaridades que —¿cómo lo dicen en la historia?— ...¡que hay que entender y respetar!

—¿Peculiaridades que hay que respetar?

Anton pensó en sus padres, quienes seguro que no mostrarían mucha comprensión ni mucho respeto ante las «peculiaridades» de Rüdiger. ¡Y «simpático» al pequeño vampiro le encontraban mucho menos!

Fue apresuradamente hacia la puerta y la cerró con llave desde dentro.

Luego cerró la ventana, que había abierto antes para que la habitación se ventilara. Entre tanto, en la habitación hacía ya bastante frío y Anton tiritaba en pijama. ¿O era el cansancio? Sacó del armario su jersey marrón de lana y se lo puso.

El pequeño vampiro estornudó.

—¡Eh! ¿Qué es lo que apesta tanto de repente? —gimió.

—Ni idea —dijo Anton.

Y, sin embargo, podía haber contestado muy bien a aquella pregunta: el pequeño vampiro con sus antiquísimas ropas despedía aquel olor a aire viciado de ataúd... ¡sobre todo desde que ya no estaba abierta la ventana!

—Apesta a establo —declaró descontento el vampiro arrugando la nariz—. ¡Puf! ¡Me recuerda a aquellas repugnantes vacaciones en la granja a la que *tú* me convenciste de que fuera!

Su mirada recayó sobre el jersey de Anton.

—¡Iiiiih! ¡Lana! —exclamó—. ¡Eso es lo que apesta!

Anton olió la lana.

—Pues yo no noto nada —repuso.

—¡Pero yo sí! ¡Quítate en seguida el jersey! —le ordenó el vampiro.

—¿Que me quite el jersey? ¿Y si tengo frío? —protestó Anton.

—¡Deberías empezar ya a comprender que nosotros los vampiros tenemos la nariz muy sensible! —gruñó el pequeño vampiro.

—¡Ah! ¿De verdad? —dijo Anton haciendo esfuerzos para no reírse.

¡Si aquello era cierto, entonces tenían que ser los vampiros los que menos se soportaran a sí mismos!

¡Pero prefirió no decirlo en voz alta!

Se acercó a su armario y cambió el jersey de lana por uno de... algodón.

Sólo un pestaño

—El libro éste... —dijo el pequeño vampiro ahora ya muy calmado otra vez—. ¿Me lo prestarías?

—¿Prestártelo? —repitió Anton.

¡El pequeño vampiro no era precisamente muy de fiar por lo que se refería a la devolución de libros prestados!



—Es que..., me lo acaban de dar hoy... ¡como regalo! —opuso él.

—¿Como regalo? —dijo el pequeño vampiro riéndose irónicamente—. ¡Para que veas la suerte que tú tienes! ¡A *mí* nadie me regala nada! ¡Así que deberías ser algo compasivo y prestarme tu libro por lo menos!

—¿Y cuándo me lo vas a devolver?

—¿Cuándo? —dijo el vampiro dándole vueltas a los ojos como si estuviera reflexionando denodadamente—. Yo calculo que como mucho... dentro de trescientas treinta y tres noches.

—¡¿Qué?! —se indignó Anton—. ¡Eso sería casi un año!

El vampiro esbozó una dulce sonrisa.

—Eso apenas si es un pestañeo en comparación con la eternidad —repuso pomposamente.

—¿Cómo dices? —preguntó perplejo Anton.

—Es un viejo dicho vampiresco —le explicó Rüdiger—. ¡Pero si tienes suerte, lo recuperarás antes aún! —añadió arrogante, y sin dar tiempo a que Anton pudiera decir algo en contra, hizo desaparecer el libro bajo su amplia capa.

Anton se rió furioso.

—¿Antes aún?

—¡Sí! Depende de determinadas personas importantes —contestó el vampiro con una risita.

—Probablemente dependerá una vez más de Jörg el Colérico y de Waldi el Malo —dijo Anton rechinando los dientes.

—No, por excepción esta vez no —dijo el pequeño vampiro, y con una risita más alta añadió —: También podría decirse que depende de ¡una persona importante!

—¿De una? ¡Entonces seguro que de Lumpi!

—¡Te equivocas también! ¡Depende de una persona del sexo femenino!

—¿De una persona del sexo femenino?

—Sí. ¡Si ella viene, quiero leerle la historia de *La Bella y el Vampiro*!

—¿Si ella viene? —dijo Anton, que de repente tenía la terrible sospecha de que podía ser... ¡Tía Dorothee!—. No será aquí, a mi habitación, ¿no? —exclamó.

—¿A tu habitación? —resopló despectivo el pequeño vampiro—. ¿Crees tú que iba a venir volando desde Viena hasta aquí para meterse en tu habitación?

—¿Desde Viena?

—¡Efectivamente! El largo camino que hay de Viena hasta aquí... ¡y encima con su pesado ataúd plegable a la espalda!

—¿Con su ataúd plegable? ¡Entonces tiene que ser Olga! —saltó Anton.

Apenas había dicho su nombre, se produjo una extraña transformación en el pequeño vampiro. Se le puso la cara de un rojo subido y susurró tímidamente:

—¡Anda que no te ha costado darte cuenta!

—Bueno —se defendió Anton—, es que hace ya bastante tiempo... ¡de lo de Olga!

—¡Efectivamente! —dijo suspirando el pequeño vampiro—. Cada vez que pienso en lo *mucho* que hace que no nos vemos Olga y yo... Noches, semanas, meses, años, décadas...

—¡Pero si eso es sólo un pestañeo en comparación con la eternidad! —dijo Anton riéndose burlesco.

El vampiro le lanzó una mirada envenenada.

—¡Ahórrate tus chistes! —gruñó.

—¿Mis chistes? —dijo Anton.

Pero el pequeño vampiro prefirió hacer caso omiso a su observación. Con una sonrisa

orgullosa y de autosatisfacción se atusó sus largas y enmarañadas guedejas no atendiendo para nada a Anton.



Richard el Rencoroso

—Dime una cosa —preguntó Anton después de una pausa—. ¿Cómo sabes realmente que Olga regresa?

—¿Que cómo? —se hizo el misterioso el vampiro—. De eso no puedo decir nada.

—Ah, ¿de veras? —dijo Anton riéndose burlonamente—. ¿Acaso has recibido una carta de amor de Olga?

—¡Olga no envía cartas!... ¡Por lo menos no por correo! —bufó el vampiro.

¡Al parecer, Anton con su pregunta había tocado un punto sensible!

—Pero entonces, ¿cómo lo sabes? —insistió Anton.

—Es que yo tengo mis relaciones —contestó Rüdiger.

—¿Un cajón de relaciones? —preguntó Anton riéndose burlonamente todavía más.

—¡Imbécil! —siseó el vampiro—. Yo no soy un carpintero de ataúdes. Hablaba de mis *comunicaciones*.

—¡Ah, vaya! —dijo Anton reprimiendo una risa—. Yo no podía saber que Olga te había llamado por teléfono.

El pequeño vampiro le miró perplejo.

—¿Cómo me va a llamar por teléfono? ¿Quién ha dicho que ella me ha llamado por teléfono? Además, nosotros no tenemos teléfono... No, lo sé por Richard el Rencoroso.

—¿Por Richard el Rencoroso? —repitió Anton... muy satisfecho por haber conseguido que el pequeño vampiro le contara su secreto.

—O sea, que entonces te ha llegado la carta a través de Richard el Rencoroso —sacó él como conclusión—. Él te ha guardado rencor por la carta de Olga... digo: te ha traído la carta de Olga, ¿no?

—¡«Carta»! ¡No oigo hablar más que de «carta»! —dijo desabrido el vampiro—. Richard el Rencoroso le ha contado a Waldi el Malo que Olga siente una terrible nostalgia por nuestra cripta y que ella quería volver lo antes que pudiera. Sí, y Waldi el Malo se lo ha contado a Lumpi, ¡y Lumpi me lo ha contado a mí!

—Bah —dijo Anton—. Entonces es más bien un rumor de la cripta de los rumores.

—¿Un rumor de la cripta de los rumores? —repitió el pequeño vampiro, cuyos ojos chispeaban de furia—. ¿Cómo puedes decir eso? Richard el Rencoroso no va divulgando falsas noticias.

«¡No, pero Lumpi quizá sí... o Waldi!», pensó Anton, pero prefirió guardárselo para sí.

—¿Falsas noticias? —dijo en voz alta—. ¡Eso suena casi como si él fuera un locutor del telediario en la televisión!

—Y es que lo es... O por lo menos algo parecido —repuso el pequeño vampiro, y añadió—: Podría decirse que es el locutor de las últimas noticias en los vuelos a larga distancia.

Prorrumpió en una sonora carcajada, y también Anton tuvo que reírse.

—Y además —prosiguió el pequeño vampiro en cuanto se tranquilizó—. ¡Si yo tuviera alguna duda de que Richard el Rencoroso haya dicho o no la verdad, entonces no habría venido aquí a tu

casa esta noche!

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? —preguntó Anton.

—Oh, mucho —contestó el vampiro—. Anna me ha informado de tu programa contra los miedos fuertes y me he decidido a hacerlo... ¡por Olga!

Con los ojos del amor

Durante unos segundos Anton se quedó tan sorprendido que no pudo decir palabra.

Luego preguntó con voz ronca:

—¿Que quieres hacer el programa... por Olga?

—Sí, en señal de mi gran... —empezó a decir el vampiro.

Sin embargo, de repente se interrumpió y le bufó a Anton:

—¡Eh! ¿Cómo es que me estás sonsacando?

—¡Yo no te estoy sonsacando en absoluto! —le contradijo Anton—. Tú mismo has empezado a hablar de tu gran...

— ...respeto, de mi gran respeto a Olga; ¡exactamente, eso era lo que yo quería decir! — declaró el vampiro. Y en voz baja y confidencial añadió—: ¡Olga le ha contado a Richard el Rencoroso las razones por las que se separó de mí!

—Ah, ¿sí? —dijo con malestar Anton, pues, al fin y al cabo, había sido él quien se había inventado el cuento del primo de París al que se suponía que Olga iba a visitar... aquella vez, después de haberse ido Olga, cuando el pequeño vampiro estaba tan desesperado.

Si ahora el pequeño vampiro se había enterado por vía de Richard el Rencoroso, Waldi el Malo y Lumpi de que aquel misterioso primo no existía en absoluto... ¿no estaría furioso con él, con Anton? Sin embargo, Rüdiger no daba la impresión de estar furioso, sino más bien lo contrario: para lo que en él era habitual parecía estar incluso de bastante buen humor.

—Sí, y cuando haya aprendido a soportar los rayos del sol —continuó diciendo el pequeño vampiro subiendo ahora la voz—, ¡entonces Olga reconocerá que no soy ni mucho menos más cobarde que un conejo ni tan mediocre como ella cree!

—¿Mediocre y más cobarde que un conejo? —repitió Anton—. ¿Ha dicho eso Olga?

El pequeño vampiro asintió con la cabeza.

—Sí, ésas fueron sus principales razones. E incluso tiene razón —añadió—. Yo realmente tenía un corazón de conejo: pequeño, temeroso y egoísta. Y mediocre también fui... ¡Aburrido e insignificante!

Soltó un profundo suspiro.

—Pero a veces se necesita precisamente a una persona que le mire a uno con ojos críticos, pero al mismo tiempo con los ojos del amor... ¡para darse cuenta de cómo es uno realmente!

—¿Con los ojos del amor? —repitió Anton, que tenía en la punta de la lengua un irónico reparo: ¡que el amor es ciego! Pero suponía que con tal observación lo único que lograría sería que el vampiro se pusiera a defender a Olga.

—Yo no creo que tú seas más cobarde que un conejo —repuso Anton, y completó la frase de forma ambigua—: ¡Yo conozco a alguien que sí que lo es!

Con lo de «alguien», naturalmente, Anton se refería a Olga.

Con toda seguridad Olga era de todos ellos la que tenía el corazón «más pequeño»: ¡Dentro de él sólo había sido para ella misma!

Pero como Anton se esperaba, el vampiro interpretó de una forma completamente equivocada

su insinuación.

—¡Sí, eso es cierto! —dijo—. *Tú* eres mucho más miedoso y más egoísta que yo.

Se rió graznando, y Anton puso a mal tiempo buena cara. ¿Qué remedio le quedaba?

Ser amigo de un vampiro no sólo significaba tener paciencia. No, sobre todo no se debía...

¡perder el buen humor!

Tener buen humor es reírse a pesar de todo... ¡Viejo lema de Anton!

Siempre la misma letanía

—¡Ay, estoy tan excitado! —dijo entonces el pequeño vampiro—. ¿Cuándo crees que podría empezar con el programa? ¡Que sea lo antes posible!

—¿Cuándo? —dijo vacilando Anton.

Tenía la sensación de que era su deber advertir a Rüdiger de que no tuviera excesivas esperanzas, e indicarle los peligros que podría correr, ¡pues ni siquiera el propio señor Schwartenfeger sabía si su programa funcionaría realmente!

Por otra parte..., si funcionaba, ¡eso le supondría al pequeño vampiro una tremenda oportunidad! Y Anton no quería impedir que el vampiro tuviera aquella oportunidad desmoralizándole ya de antemano.

Pensó en el paciente misterioso: Igno Rante. ¡Aquel Igno Rante era un auténtico vampiro! ¡Y Anton le había visto en la consulta del psicólogo *antes* de ponerse el sol! Además: dijera Anton lo que dijera contra el programa... con el estado de ánimo en que se hallaba en aquel momento Rüdiger sólo pensaría que él, Anton, tenía celos de Olga. E ir a la consulta y hablar con el señor Schwartenfeger —pensó Anton— no suponía demasiado riesgo para el pequeño vampiro...

—Pasado mañana —dijo con voz ronca—. El lunes... El lunes por la noche vuelvo a ver al señor Schwartenfeger.

—¿Pasado mañana ya? —preguntó el vampiro haciendo castañetear sus afilados dientes. Y después de pensárselo un poco, continuó—: ¿Y cómo podemos hacerlo mejor? Quiero decir: quizá deberías enterarte tú primero...

—¡Ya lo he hecho! —declaró Anton—. Si quieres iniciar el programa, necesitas unas gafas de sol, crema solar..., sí, y colores amarillos.

—¿Gafas de sol? ¿Crema solar? ¿Colores amarillos? —repitió el pequeño vampiro contrayendo el rostro como si hubiera mordido un diente de ajo.

—Es que ésa es la terapia —intentó explicarle Anton—. Esas cosas las necesita el señor Schwartenfeger para la des..., dessen... Bueno: ¡para su entrenamiento contra los miedos fuertes!

No conseguía acordarse de la expresión correcta, y eso que Anton lo había buscado incluso en el diccionario y había encontrado que significaba algo así como «reducción de la sensibilidad».

El pequeño vampiro tosió un par de veces tapándose la boca con la mano.

—Suenan un poco raro —dijo—. ¿Con eso no se tiene aún *más* miedo?

—Yo tampoco sé cómo va el programa exactamente —repuso Anton—. El señor Schwartenfeger dijo que teníais que hacer una sesión de prueba, porque... sólo hablando no se entiende el programa.

El vampiro aguzó el oído.

—¿Quiénes... teníamos?

Anton carraspeó.

—Anna y tú. Yo... yo le conté a Schwartenfeger que tenía dos amigos, y que esos dos amigos conocían a vampiros.

—¿Anna? —resolló el vampiro—. ¡Eh, es que yo no estoy de acuerdo con que Anna haga

ese..., ese entrenamiento!

—¡No te preocupes! —dijo Anton tranquilizándole—. Ella tampoco quiere de ninguna manera.

—¡Ah! ¿No quiere? —dijo con una risita el pequeño vampiro—. Supongo que es que le falta valor para eso.

—¡Seguro! —dijo irónicamente Anton, ¡y es que por algo llevaba Anna el sobrenombre de «la Valiente»!

El pequeño vampiro volvió a hacer rechinar los dientes.

—Una sesión de prueba... —murmuró.

Luego se levantó y dijo decidido:

—Está bien: ¡haré la sesión de prueba! ¡Vete el lunes y que te den hora!

—¿Para mí? —preguntó Anton riéndose disimuladamente.

—No, para mí... ¡Tonto!

—¿Tonto? —dijo Anton riéndose más burlón todavía—. ¡Yo en tu lugar lo pediría cortésmente... por favor!

—Por favor, por favor... —refunfuñó el vampiro—. ¡Siempre la misma letanía! Está bien, por mí... ¿Pedirías, *por favor*, hora para mí?

—¿Por qué no lo has dicho así desde el principio? —preguntó Anton.

—Pe..., pero que no sea el miércoles —añadió apresuradamente el vampiro—. El miércoles estoy ocupado: ¡la sociedad filarmónica para hombres!

—¿Ocupado? ^[3]

Anton miró la capa del vampiro... justo donde se marcaba el contorno del libro.

—Bueno, te pediré hora —dijo—. ¡Pero sólo si me devuelves *La Bella y el Vampiro*!

El vampiro le lanzó una mirada sombría.

—¿A eso le llamas tú cortesía? —dijo lleno de desprecio.

Se fue hasta la ventana y la abrió de un tirón.

—Tú sólo ves la paja en el ojo ajeno —observó mordaz—, pero no la viga en el propio... ¡Ay!



Al parecer se había golpeado la cabeza con el marco de la ventana. Soltó un bufido de furia y se marchó de allí volando sin decir una sola palabra de despedida... y con el libro de Anton.

Anton suspiró. El que era amigo de un vampiro no sólo necesitaba tener paciencia y buen humor, sino, sobre todo, libros... Y no libros cualquiera, sino libros realmente buenos: ¡libros de vampiros! Pero un libro sí que le quedaba todavía: *Hombres-lobo... Las trece mejores historias*.

Anton lo cogió y se echó en su cama.

Sin embargo, aquel sábado había sido tan agotador que Anton no pasó de la primera línea.

«Una tormentosa noche de otoño dos caminantes solitarios llamaron a la puerta de...», leyó.

Luego se le cerraron los ojos y se quedó dormido.

El paciente con éxito

Cuando el lunes por la tarde Anton en casa detrás de su madre olía deliciosamente a patatas asadas.

—¡Humm, qué ricas! —exclamó lleno de alegría.

El padre de Anton se asomó al pasillo.

—Espero que hayáis venido con bastante hambre.

—¿Patatas asadas por la noche? —repuso la madre de Anton frunciendo la comisura de los labios—. ¡Tienen demasiadas calorías! Y además son pesadas para el estómago.

—¡Y yo que pensaba que os iba a dar una alegría! —dijo el padre de Anton—. Después de vuestra larga sesión con el psicólogo...

—Después de *mi* larga sesión con el psicólogo —le corrigió Anton—. Mamá sólo me ha llevado en el coche.

—¡Sí, y hubiera sido más inteligente quedarme aquí corrigiendo los cuadernos de los deberes! —protestó ella—. ¡Ahora me queda un montón de trabajo por hacer!

Anton se rió irónicamente.

—¡Si me hubieras dejado ir a mí en el autobús!...

—Pero a *mí* sí que me has dado una enorme alegría con las patatas asadas —declaró Anton dirigiéndose a su padre. Y mirando de soslayo a su madre añadió—: ¡Yo no tengo que cuidar mi línea!

—¡Ja, ja! —se rió su madre lanzándole una mirada de desprecio.

Ella estiró el mentón y con enérgicos pasos se marchó a su cuarto de trabajo.

—¡Que os aproveche vuestra bomba de calorías! —bufó ella cerrando a sus espaldas la puerta.

El padre de Anton miró anonadado hacia la puerta cerrada.

—Dime, ¿os habéis peleado mamá y tú?

—¡No, qué va! —dijo Anton—. ¿Y vosotros?

—Sin embargo, tiene que haber algún motivo para el mal humor de mamá —insistió su padre—. ¿Le ha revelado el señor Schwartenfeger alguna cosa desagradable?

Anton sacudió la cabeza.

—No —dijo marchando hacia la cocina.

—Entonces probablemente serán los cuadernos de los deberes los que le han puesto de mal humor —observó su padre siguiéndole.

Cuando llegaron a la cocina, Anton se sirvió una gran ración de patatas asadas.

—¿Qué es lo que ha dicho entonces el señor Schwartenfeger? —preguntó su padre sirviéndose también generosamente.

—Bah —contestó Anton con la boca llena—. Que ya no tengo que volver a ir.

—¿De verdad? —dijo alegre su padre—. O sea ¿que entonces ya estás curado? —dijo, y aquello probablemente debía de ser un chiste—. ¡Eres, por así decirlo, un paciente con éxito del señor Schwartenfeger!

Anton se rió burlón.

—Eso parece.

—¿Y además de eso? —le preguntó su padre—. ¿De qué más habéis hablado?

—¿Además de eso? —dijo Anton intentando ganar tiempo—. Del colegio y esas cosas.

Anton, naturalmente, le ocultó que sobre todo habían estado hablando de la sesión de prueba.

Y también se guardó para sí lo de que tenían hora: el sábado por la noche, a las 21.30, tenía que ir con el pequeño vampiro a la consulta del señor Schwartenfeger. Y Rüdiger tendría entonces sus primeras experiencias sobre el misterioso programa...

—¿El sábado —preguntó cautelosamente Anton— vais a volver a ir al cine?

—No, al teatro —contestó su padre—. Mamá ya ha comprado las entradas.

—¿Ya tiene las entradas? —se alegró Anton—. ¿Qué es lo que ponen? —preguntó de buen humor—. ¿*Romeo y Julieta. Segunda Parte*?

—Ni idea —contestó su padre—. Ha sido *mamá* quien ha comprado las entradas.

Anton se rió irónicamente.

—También un empacho de cultura, ¿eh?

Su padre se rió y se llenó el plato por segunda vez.

—¡Por lo menos no me empacharé con las patatas asadas!



Plena confianza

Después de cenar, Anton se fue a su habitación..., según dijo para empollar matemáticas.

Abrió la ventana y se asomó. Empezaba a oscurecer y en la mayoría de las casas las luces estaban encendidas.

«¡Ojalá no se haga esperar demasiado el pequeño vampiro!», pensó.

Cogió su libro *Hombres-lobo... Las trece mejores historias*, se tumbó en la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Pero apenas se había leído la primera página cuando oyó que una voz ronca le decía desde la ventana:

—¡Hola, Anton!

En el alféizar de la ventana estaba el pequeño vampiro.

—Hola, Rüdiger —le saludó alegremente Anton.

El pequeño vampiro entró en la habitación tosiendo varias veces.

Anton se asustó. El vampiro parecía aún más pálido que de costumbre... y tenía un aspecto realmente demacrado y decaído.

¿No estaría acaso... enfermo?

El pequeño vampiro pareció haberle adivinado el pensamiento, pues le dijo:

—No te preocupes; sólo es mi estómago, mi pobre estómago vacío.

Se rió con un graznido y su risa se convirtió en una tos bronca y entrecortada.

Anton notó cómo se le ponía la carne de gallina.

—Yo..., esto, la sesión de prueba... —dijo rápidamente para desviar la conversación hacia un tema menos peliagudo—. ¡El señor Schwartenfeger me ha dado hora para el sábado!

—¿Para ti?

—No, para nosotros, naturalmente —dijo Anton—. ¿O acaso ya no quieres que vaya yo también?

—¡Sí, claro que sí! —gruñó el vampiro—. Todavía no estoy harto de vivir. Pero... ¿por qué hasta el sábado nada?

—Porque... —dijo carraspeando Anton— ...es que el señor Schwartenfeger no hace ese entrenamiento en sus horas normales de consulta —le explicó entonces—. Sí, y *durante* la semana es que yo no puedo..., por mis padres y por el colegio.

—Y tus padres la mayoría de los sábados se marchan, ya lo sé —completó el vampiro—. ¿Cuándo tenemos que estar allí?

—A las nueve y media.

—¿A las nueve y media?

El pequeño vampiro volvió a toser. Cuando se le pasó la tos, dijo con una amplia sonrisa burlona:

—Bueno, a esa hora probablemente ya habré... ¡comido!... ¡Pero ahora no me queda más remedio que hacer algo por mi bienestar físico! —añadió sacudiendo las piernas como si se le hubieran quedado dormidas—. Pues hasta el sábado —dijo volviéndose hacia la ventana.

—¡Es... espera! —exclamó Anton.

—¿Qué pasa ahora?

—Para la sesión de prueba... Las gafas de sol y el aceite bronceador y la crema solar...

El pequeño vampiro se aupó hasta el poyete de la ventana.

—Te dejo que te encargues tú de ello —dijo con altanería—. ¡Para estas cosas tengo plena confianza en ti!

—¿Y el dinero? —preguntó Anton.

Pero el vampiro ya había extendido los brazos por debajo de la capa y se había marchado de allí volando.

—¡Plena confianza! ¡Ya! —dijo furioso Anton—. ¡Plena confianza en mi cerdito hucha!

Llorar de emoción

Pero hasta el sábado Anton tuvo tiempo suficiente para pensar cómo podía conseguir las cosas sin tener que dejar demasiado flaco su cerdito hucha.

Y a la mañana siguiente empezó contándole a su madre que volvían a dolerle los ojos; exactamente igual que aquella vez cuando la doctora Dósig, su médico de cabecera, le recetó las gotas para los ojos: aquellas «Tulli-Ex» que él luego le había dado a Anna.

—¡Es que lees demasiado! —observó su madre.

—¡Sí, eso es verdad! —contestó Anton con un profundo suspiro—. Si supieras todo lo que tengo que leer: diez páginas de lengua, cuatro de ciencias...

—¡No me refiero a esas lecturas! —repuso ella.

Anton sonrió para sus adentros pero no objetó nada. Después de todo, había conseguido convencer a su madre de que para proteger sus sensibles ojos necesitaba sin falta... ¡unas gafas de sol!



Luego, en los grandes almacenes, Anton, después de conseguir unas gafas de cristales oscurísimos, logró incluso convencer a su madre de que fueran a la sección de deportes. Y allí —después de que él hablara entusiasmado de los partidos de hockey con Ole y del nuevo equipo

deportivo de Ole— su madre le compró un chándal, unos calcetines y una cinta para la frente. ¡Todo de color amarillo intenso! Anton estaba muy contento. ¡Sí, su satisfacción era tan grande que se compró con su propio dinero la crema solar y el aceite bronceador!

El sábado los padres de Anton se marcharon ya de su casa poco después de las siete de la tarde y Anton tuvo que pasarse dos horas —dos interminables horas— viendo un aburrido programa de televisión de la tarde de los sábados antes de que el pequeño vampiro aterrizara sobre el alféizar de la ventana y llamara al cristal.

Anton, aliviado, se puso de pie de un salto. Corrió hacia la ventana y la abrió.

—Vaya programa más malo, ¿no? —dijo el vampiro hablando como un experto y señalando la televisión con la cabeza—. Toda la gente a la que he visto en la sala de estar de sus casas estaba dando cabezadas delante de la televisión.

Y soltando una carcajada como un graznido añadió:

—¡Los de la televisión deberían dejarme a *mí* seleccionar las películas! ¡Entonces los espectadores se *subirían* a las sillas de la tensión!... ¡O se meterían debajo del sofá, de puro miedo, ja, ja!

Anton sonrió irónicamente.

—O llorarían de emoción.

—¿Llorar de emoción? —preguntó desconfiado el vampiro—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, pues... Probablemente pondrías siempre películas de amor... ¡por Olga!

Para sorpresa de Anton el pequeño vampiro no se sintió ofendido, ni mucho menos, por aquella observación, sino más bien halagado.

—Sí, exactamente —dijo—. ¡Y sólo aquellas en las que al final el chico consigue a la chica!

«¿En las que al final el chico consigue a la chica?», pensó dubitativo Anton. En el caso del pequeño vampiro y de su «gran amor» a Olga —no muy correspondido— ¡no creía en un final feliz! Y Anton tampoco podía imaginarse que Olga von Seifenschwein tuviera esa enorme nostalgia por la Cripta Schlotterstein y quisiera regresar a ella lo antes posible.

Pero, al parecer, al pequeño vampiro nada le podía trastornar sus sentimientos por Olga.

El gusto atrofiado

—¿Nos vamos ya de una vez? —siseó.

—Sí, sí, en seguida —contestó Anton.

Se fue hacia su cama y cogió la bolsa con las cosas.

Lo primero que le enseñó al pequeño vampiro fueron los calcetines amarillos.

—Toma, tenemos que llevárnoslos.



—¡Iiih..., puaj! —exclamó con repugnancia el vampiro—. ¡Se me va la vista! Tú últimamente debes de tener el gusto atrofiado, ¿no?

—Yo no —dijo Anton—. En todo caso el señor Schwartenfeger.

—¿¿Qué?! ¿No me digas que le entusiasma ese horrible... ¡brrrr!... amarillo?

—No, es que forma parte de su programa. ¡Ya te lo había dicho!

—¿A mí?

—¡Sí! Y también necesitas las gafas de sol.

—¡Puf, gafas de sol! —dijo el vampiro protegiéndose los ojos con la mano—. Jamás ningún

vampiro se ha puesto un artilugio tan repugnante y tan indigno.

—Sólo te las tienes que poner para el entrenamiento —dijo Anton—. Todas estas cosas solamente son para el programa.

El pequeño vampiro gruñó algo y dejó caer las manos.

—Está bien, dámelo —siseó quitándole la bolsa a Anton—. ¡Venga, y ahora vámonos!

Anton vio cómo Rüdiger hacía desaparecer la bolsa bajo su capa. Probablemente se la sujetó con la cintura de sus viejos y agujereados leotardos.

—¿Qué pasa? —aulló el pequeño vampiro—. ¿A qué estás esperando?

—A..., a nada —dijo Anton.

Se puso la segunda capa de vampiro, que había escondido en el armario, lejos de las fastidiosas miradas de sus padres.

Luego salió de un vuelo hasta la ventana, detrás del pequeño vampiro... no sin antes haber cerrado con llave la puerta de su habitación... ¡Por si sus padres, en contra de lo esperado, regresaban antes que él!

¡No tan deprisa!

El trayecto que tenían que hacer volando ya se lo había estudiado Anton por la tarde en el plano de la ciudad, y, así, llegaron en poco tiempo a la casa en la que tenía su consulta el señor Schwartenfeger.

Aterrizaron en el jardín de delante de la casa, detrás de un par de matorrales de media altura que, para desagradable sorpresa de Anton, resultaron ser rosales.

—¡Ay! —se quejó Anton con un grito reprimido.

Debía de haberse rozado la mano derecha con una de las ramas y arañado la piel con una espina. Sintió cómo un líquido viscoso le corría en un fino hilo dedo índice abajo: ¡sangre!



Rápidamente se chupó el dedo y luego, temblándole las rodillas, salió de la sombra del matorral.

Pero entonces el pequeño vampiro le sujetó de la capa por detrás y le atrajo rudamente hacia sí.

El corazón de Anton latía como loco.

Un vampiro y sangre...

—¡Eh, no tan deprisa! —gruñó el pequeño vampiro—. De repente me encuentro tan raro...

—¿Ra... raro? —balbució Anton.

Se volvió a pasar la lengua por la herida... ¡y comprobó aliviado que había dejado de sangrar! Pero su herida no parecía ser en absoluto la razón de que el vampiro se sintiera «raro», pues dijo entonces con gesto temeroso:

—¿Y si resulta que lo del programa... es una trampa?

—¿Una trampa? —repitió Anton metiéndose la mano derecha en el bolsillo del pantalón... por si acaso—. ¿Crees que yo te llevaría a una trampa?

—Bueno... —dijo el vampiro con una tímida tosecilla—. Es que yo al tal Warzenpfleger no le conozco en absoluto.

—Schwartenfeger —le corrigió Anton, y añadió—: ¡Pero yo sí le conozco! Además..., él ya está tratando a otro vampiro: Igno Rante. Y tampoco a él le ha pasado nada; ahora incluso puede abandonar su ataúd *antes* de que se ponga el sol.

Aquello al parecer convenció al pequeño vampiro. Se irguió y dijo:

—Está bien. Bajo tu responsabilidad.

«¡Esto también es típico de Rüdiger!», pensó Anton. «¡Siempre cargándole... el muerto a los demás!»

La señal con el timbre

Fueron hasta la puerta de la casa y Anton llamó con dos timbrazos cortos y dos largos; la señal que había acordado con el señor Schwartenfeger.

—¡Para que sepa que sois vosotros! —le había dicho a Anton—. Así mi mujer se quedará en la sala de estar y os abriré yo mismo la puerta.



Anton no pudo por menos que estar de acuerdo con aquello. ¡Cuantos menos testigos hubiera, tanto mejor para el pequeño vampiro y para él! Mientras esperaban, el pequeño vampiro, nervioso, daba saltitos sobre uno y otro pie, y también Anton se fue poniendo cada vez más intranquilo. De repente ya no se sentía tan confiado y tan seguro de sí mismo.

Al oír que por el pasillo de la casa se acercaban pesadamente unos pasos, le angustió durante un segundo la idea de que quizá... ¡sí, que podía ser una trampa!

Luego se abrió la puerta de la casa y se encontraron delante de ellos al señor Schwartenfeger.

—¡Buenas noches! —les saludó—. ¡Me alegro de que hayáis venido!

—Buenas noches, señor Schwartenfeger —dijo Anton con voz un tanto temblorosa.

—Buenas —graznó el pequeño vampiro, al que la luz de la lámpara del pasillo le caía directamente en la cara.

—Entrad —dijo el señor Schwartenfeger.

Pareció no sorprenderse ni de la enmarañada melena hasta los hombros, ni de la pálida piel, ni de las profundas ojeras del vampiro..., ni de las agujereadas y malolientes capas que llevaban Anton y Rüdiger.

Fue él delante con sus grandes y rechinantes zapatos, y Anton y el pequeño vampiro le siguieron. Atravesaron el largo pasillo, que olía repugnantemente a pescado. A Anton casi se le revolvió el estómago. ¿O sería por los nervios?

Por fin llegaron a la sala de consulta.

El señor Schwartenfeger tomó asiento tras su gran escritorio, repleto de libros y expedientes y les hizo una seña con la cabeza invitándoles a sentarse. Anton se dirigió a la silla que había ante el escritorio y se sentó.

Rudolf Ber

—¿Y qué pasa contigo? —le preguntó el señor Schwartenfeger al pequeño vampiro, que se había quedado de pie en la puerta—. ¿No puedes entrar? ¿O es que tengo que llamarle de *usted*? —añadió bromeando.

El pequeño vampiro contrajo la comisura de los labios.

—Mis amigos me llaman de *tú* —declaró con voz de ultratumba.

El señor Schwartenfeger sonrió satisfecho.

—Entonces, si me lo permites, te llamaré de *tú*. ¿Me lo permites?

—Por mí —siseó el vampiro, que ahora ya no parecía tan desconfiado.

«¡Una jugada muy hábil del señor Schwartenfeger!», pensó elogioso Anton.

Lentamente, el pequeño vampiro fue entrando en la habitación.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el señor Schwartenfeger mirándole con una sonrisa amable y animosa.

—Rü..., es..., Ru..., ¡Rudolf! —contestó con voz ronca el pequeño vampiro.

Anton estuvo a punto de soltar la carcajada. Rápidamente se tapó la boca con una mano.

—¿Rudolf? —dijo el psicólogo—. ¿Y qué más?

—¿Qué mas?

—Sí, ¿que cómo te llamas de apellido?

—¿De apellido? —dijo titubeando el pequeño vampiro— ...Ca-dá-ver —masculló entonces.

—¿Rudolf Ber? ¡Pero si eso no suena a nombre de vampiro!... —dijo el señor Schwartenfeger.

¡Al parecer sólo había entendido la última sílaba!

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó receloso el pequeño vampiro.

—Yo pensaba que los vampiros siempre tenían nombres muy extraños —contestó el señor Schwartenfeger—. Por ejemplo: Igno Rante... Pero Ber, Rudolf Ber... ¡no suena muy vampiresco!

El pequeño vampiro miró a Anton buscando ayuda.

—*Camembert* ^[4] —salió en su auxilio Anton—. Su nombre completo es «Rudolf Camembert»... De la antiquísima nobleza francesa, ¿sabe usted? Y no necesita hacer alarde de su título.

—¡¿Cómo que de la nobleza francesa?! —bufó furioso el pequeño vampiro—. No me metas en el mismo ataúd que a ese repulsivo primo de Olga, a ese insidioso impostor, ¿me oyes?

El señor Schwartenfeger se rió algo inquieto.

—Bueno, bueno —dijo—. ¡No vamos a reavivar aquí viejas rencillas familiares! Además, ya es hora de que nos dediquemos al programa de entrenamiento.

El programa de entrenamiento... El pequeño vampiro se puso aún más pálido si cabe.

—Sí. ¡Ahora toma asiento, Rudolf, y luego relájate! —le explicó el psicólogo de repente en un tono muy profesional.

Después de decir aquello el psicólogo se puso de pie. Se fue hacia la puerta y la cerró.

—¿Que tome asiento? —preguntó con gran malestar el pequeño vampiro—. ¿Dónde?

—Allí, en la silla de relajación —contestó el señor Schwartenfeger indicándole una extraña

silla ancha con reposabrazos. La silla estaba tapizada en cuero verde y parecía más bien tumbona.

Un pequeño milagro

El pequeño vampiro se acercó con precaución a la silla de relajación.

—¿No quieres ponerte cómodo? —le preguntó el señor Schwartenfeger al quedarse el vampiro de pie ante la silla.

Rüdiger sacudió la cabeza.

—No.

—Bueno, por mí haz lo que quieras —dijo el señor Schwartenfeger—. Si te sientes mejor así... ¡Pero te va a costar trabajo relajarte en esa postura!



—Es que yo no quiero relajarme —repuso el vampiro—. Yo lo único que quiero es aprender a no tener miedo a los rayos del sol.

—¿Y tú crees que eso vas a poder aprenderlo en veinte minutos?

—Bueno... —dijo el pequeño vampiro carraspeando—. ¡Por lo menos en esta sesión de prueba! —declaró mirando con gesto apesadumbrado hacia Anton.

—Yo no sé qué es lo que te ha contado Anton sobre la sesión de prueba —contestó el señor Schwartenfeger—, pero el miedo a los rayos del sol no lo vas a perder en esta primera sesión.

—¿Y entonces para qué estoy aquí? —rezongó el vampiro.

El señor Schwartenfeger se recostó en su silla giratoria.

—¡Comprendo tu impaciencia, Rudolf! Tú esperabas mucho de esta sesión y está bien que sea así.

Hizo entonces una pausa significativa y luego dijo:

—Pero mi programa, mi programa de desensibilización, comprende una larga serie de sesiones. Y en ellas hay que hacer ejercicios, muchos ejercicios, que tú tienes que repetir concienzudamente. Y ahora mismo —añadió— vamos a hacer un par de ejercicios de prueba. Para

que tengas una impresión de cómo se desarrolla el programa.

—¿Ejercicios? —gruñó el pequeño vampiro—. ¿Y encima voy a tener que repetirlos?

El señor Schwartenfeger sonrió satisfecho.

—Desgraciadamente yo no soy... un mago. Pero si tú y yo colaboramos, quizá podamos hacer un pequeño milagro.

—¿Un pequeño milagro? —dijo el vampiro—. ¡Oh, sí, yo quiero hacer un milagro! ¡Uno grande incluso!

Se rió alegremente y, decidido, tomó asiento en la silla de relajación.

En la senda de la madera

Sin embargo, inmediatamente se volvió a poner de pie y renegó:

—¡Esta estúpida bolsa me molesta!

Se la sacó de debajo de la capa y la tiró al suelo.

—¡Eh, que estas cosas no me las han regalado! —protestó Anton.

—Ah, ¿de veras? ¿Acaso las has robado? —contestó el vampiro riéndose irónicamente.

—¡Quiero decir que a mi madre y a mí no nos han salido gratis! —repuso furioso Anton—.

¡Incluso han sido bastante caras!

Levantó la bolsa del suelo y se la dio al psicólogo.

—Aquí están las cosas amarillas que necesita usted para el entrenamiento —dijo Anton.

—¡Ah, ya las has traído! —se alegró el señor Schwartenfeger—. ¡Eso es lo que yo llamo una persona diligente!

—¡Sí, Anton es realmente negligente..., demasiado negligente! —observó entonces el pequeño vampiro—. ¡Es un negligente dejando que yo me doble los huesos con su asquerosa bolsa!

—Me temo que lo que se ha doblado es otra cosa muy diferente —repuso Anton.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es? —se hizo el inocente el pequeño vampiro.

—¡Las gafas de sol! —dijo furioso Anton—. ¡Como se hayan roto, tendré que comprar unas nuevas con el dinero de mis propinas!

—Te pones como si eso fuera el fin del mundo —se burló el vampiro.

—¡Con el poco dinero que me dan de propina, sí! —dijo Anton.

—Pues entonces fíjate en mí —dijo el vampiro—. No me dan absolutamente nada.

El señor Schwartenfeger intentó reírse.

—¡Hoy parece que estáis en la senda de la guerra!

—Más bien en la senda de la madera —gruñó Anton.

Y para enfadar al pequeño vampiro añadió maliciosamente:

—¡En la senda de las estacas de madera!

—¡Ja! —bufó el vampiro agitando amenazador su puño—. Como sigas comportándote así, le daré tu dirección a Tía Dorothee... ¡Pedazo de bruto!

—¡Ya está bien! —se inmiscuyó el señor Schwartenfeger—. Vosotros no habéis venido aquí para pelearos delante de mí. Y para que lo sepáis —añadió con gesto serio—: como no os llevéis bien entre vosotros, tendré que pensar si no será mejor que en el futuro Anton no esté presente en las sesiones de terapia.

—¿Qué? —exclamó sobresaltado el pequeño vampiro—. No querrá usted decir que yo solo tendré que... —dijo sin terminar la frase.

—No *tendrás* que nada —le contradijo el señor Schwartenfeger—. Pero como sigáis comportándoos aquí como gallos de pelea... ¡En estas condiciones no podemos trabajar!

—¿Lo has oído, Anton? —dijo el pequeño vampiro—. ¡Tienes que hacer un esfuerzo!

Anton se calló... con un desdén que esperaba que advirtiera el vampiro.

—Pero tú también, Rudolf —dijo el señor Schwartenfeger.

—Por *mí* no será —aseguró altanero el pequeño vampiro—. ¡Estoy ansioso por empezar con el programa!

Se quitó sus zapatos negros de tela, meneando impaciente los dedos de los pies.

—Además —declaró—, yo creo que deberíamos hacer ya inmediatamente dos ejercicios seguidos. Mi abuela, Sabine la Horrible, siempre dice que «quien muerde dos veces, muerde mejor», ¡ja, ja, ja!

—¿Sabine la Horrible? —dijo sonriendo satisfecho el señor Schwartenfeger—. ¿Es una línea lateral de vuestra familia?

—¿¿Cómo que línea lateral?! —preguntó irritado el pequeño vampiro.

—Por lo menos muy francés eso no suena —opinó el señor Schwartenfeger.

—¿Es que los «Camembert» no son franceses puros! —salió en su ayuda Anton, a pesar de lo furioso que estaba con él.

—¿No? —se asombró el señor Schwartenfeger. Luego se rió y dijo—: Ah, ahora ya lo entiendo. ¡También el camembert no se come solamente en Francia!

A Anton le costó trabajo reprimir la risa.

—¡Exactamente! —le corroboró al señor Schwartenfeger alegrándose por la cara de perplejidad que puso el pequeño vampiro.

—Pero ahora sí que tenemos que empezar —dijo el señor Schwartenfeger—. Y recordadlo: no quiero peleas ni distracciones. ¡Nos concentraremos sólo en el programa!

Dicho aquello, abrió la gruesa carpeta negra que contenía su misterioso programa de entrenamiento contra los miedos fuertes.

A chino

—El miedo —empezó a decir el señor Schwartenfeger— no es simplemente una sensación. El miedo es un complejo conjunto de diversas fuerzas.

—Aja —asintió el pequeño vampiro.

—¿Nacemos ya con los miedos? —dijo con unción el señor Schwartenfeger—. ¿O los hemos aprendido en algún momento posteriormente?

El pequeño vampiro no repuso nada y meneó simplemente los dedos de los pies. Parecía como si lo hiciera para poder observar mejor los numerosos agujeros de sus antiquísimos calcetines de lana.



—La respuesta es la siguiente: ¡hay miedos innatos y miedos aprendidos! —explicó el señor Schwartenfeger observando interrogante al vampiro..., probablemente para ver si Rüdiger era capaz de seguir sus explicaciones.

—Sí —continuó diciendo después de una pausa—, y entre los miedos *aprendidos* están las denominadas «fobias». Son miedos fuertes que realmente son infundados..., por ejemplo, el miedo a las polillas.

—¿Qué? ¿A las polillas? —dijo el pequeño vampiro riéndose con un graznido—. ¿De verdad que hay gente que tiene miedo a esos animalitos tan monos?

—Nosotros los psicólogos tratamos las más diversas fobias —contestó el señor Schwartenfeger—. Miedos fuertes a los perros, por ejemplo, a los ratones, incluso a las moscas.

—¿A las moscas? —dijo el pequeño vampiro explotando en una risotada y mirando hacia Anton—. ¡Es realmente increíble a qué cosas tenéis miedo los seres humanos! ¡Ja, ja, ja!

—¡Yo no tengo miedo a los perros, ni a los ratones, ni a las moscas! —repuso Anton con toda la dignidad que le fue posible—. ¡Y a las polillas mucho menos!

—Bueno, bueno —dijo rápidamente el señor Schwartenfeger—. ¡No os volváis a pelear!

—¿Pelearnos? —dijo el vampiro con cara de inocencia—. ¡Pero si yo estoy muy tranquilo!

—Sea como sea, me alegro de que mis breves explicaciones sobre el tema miedos y fobias *no*

te hayan sonado a chino —opinó el señor Schwartenfeger.

—¿A chino? —dijo el pequeño vampiro riéndose con una risa ronca—. No, no. Lo he entendido todo.

—¡Bien! Entonces ahora pasemos a ti, Rudolf.

—¿A mí? —preguntó el pequeño vampiro levantando alarmado la cabeza.

Sin embargo, el señor Schwartenfeger siguió sentado muy tranquilo en su silla giratoria.

—Por lo que a ti respecta, Rudolf —continuó diciendo—, cuando tú naciste *no* tenías *ningún* miedo a los rayos del sol. Y seguro que tu madre siempre que podía te sacaba al jardín para que te pudiera dar el sol en la cara.

—Me estoy poniendo malo —se quejó el pequeño vampiro, al que de repente le salieron gotas de sudor en la frente.

—¡Escúchame sólo un momento! —le pidió el señor Schwartenfeger—. Bien: tu miedo a los rayos del sol apareció mucho después. Tú, como decimos los psicólogos, lo has aprendido. Y ahora presta atención: ¡lo que se puede aprender también se puede desaprender!...

—Eso no es difícil de entender, ¿no? —preguntó cuando vio que el pequeño vampiro no respondía nada.

—No —gimió Rüdiger.

—¡Estupendo! —dijo satisfecho el señor Schwartenfeger—. Entonces ahora nos dedicaremos a la parte práctica.

—¿A qué?

—¡Pues al programa!

—Ah...

—Lo primero de todo, Rudolf, aprenderás a relajarte físicamente.

—¿A relajarme? —gruñó el pequeño vampiro—. ¿Y para qué?

—Bueno —respondió el señor Schwartenfeger—, estar relajado significa no estar nervioso, no tener miedo... Y la capacidad de relajarse se puede ejercitar.

—¡Ah!

—Más adelante aprenderás a relajarte también en aquellas situaciones que ahora todavía te dan miedo.

—¿Sólo más adelante?

—¡Todo requiere su tiempo! —dijo el señor Schwartenfeger—. ¡Te darás cuenta en cuanto empecemos con el primer ejercicio!

Muy sueltos

—Bien, y ahora vas a aprender un par de técnicas de relajación —declaró el psicólogo—. ¿Estás preparado, Rudolf?

—Sí —contestó con voz ronca el pequeño vampiro.

—¡Entonces coloca tus brazos en los brazos de la silla! Déjalos allí muy sueltos.

Y al mismo tiempo relájate... Cierra los ojos. Piensa en tus brazos: están apoyados en los brazos de la silla y están muy sueltos.

Anton observó al pequeño vampiro.

Demasiado relajado no parecía: sus párpados, cerrados, aleteaban, y un temblor recorría sus brazos a intervalos breves.

—¡Ahora cierra el puño de la mano derecha! —dijo el señor Schwartenfeger—. ¡Aprieta fuerte, más fuerte, más, muy fuerte!

Y presta atención a cómo lo sientes... En tu puño hay ahora muchísima tensión..., y en tu antebrazo... Bien, y ahora suelta otra vez los dedos de tu mano derecha, sueltos, muy sueltos. Fíjate en la sensación: ¡cómo tus dedos se vuelven a soltar!; ¡esa sensación, completamente diferente, de relajación! Y otra vez...

—¡Ay! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Cómo duele!

—¿Te duele? —preguntó sorprendido el señor Schwartenfeger.

—¡Se..., se me ha agarrotado la mano! —se lamentó el vampiro sacudiendo el brazo derecho—. Y además, esto no puedo soportarlo: ¡estar tumbado aquí sin hacer nada siendo plena noche!...

—Tú no estás acostumbrado a esto, lo sé —dijo el señor Schwartenfeger sin el más mínimo enfado.

Realmente tenía que tener más paciencia que un santo... ¡o por lo menos actuaba como si la tuviera!

—Sin embargo, a ti te gustaría perder tu miedo a los rayos del sol, ¿no es verdad? —preguntó.

—¡Sí! —gruñó el vampiro.

—Quiere hacerlo por Olga —intervino Anton.

—¿Por Olga? —preguntó sonriendo satisfecho el señor Schwartenfeger—. ¿Tienes una amiguita, Rudolf?

—¡Sí! —dijo el vampiro.

Ya Anton le bufó:

—Traidor.

—Pero no tienes por qué molestarte —repuso el señor Schwartenfeger—. Todo lo contrario: si sabes por quién lo haces, cogerás el entrenamiento con muchas más ganas y mucho más entusiasmo.

—¡Exactamente! —dijo el pequeño vampiro lanzándole a Anton una mirada triunfal.

—¿Hacemos otro ejercicio... por Olga? —preguntó el psicólogo.

Aquello surtió el mismo efecto que una fórmula mágica: el pequeño vampiro se puso colorado y asintió con vehemencia:

—Oh, sí. ¡Por Olga, siempre!

—Bien —dijo el señor Schwartenfeger—. Entonces vuelve a apoyar los brazos en los brazos de la silla. Y ahora dobla los codos y tensa tus músculos... ¡Más fuerte, más fuerte aún! Fíjate en la sensación de tensión... Ahora tus músculos están tensísimos... Extiende ahora los brazos y vuelve a soltarlos. Déjalos colgando, muy sueltos... Concéntrate en esa sensación de relajamiento... Así. Y ahora otra vez...

—¡Ay, los brazos me pesan como el plomo! —gimió el vampiro.

Aquellos pocos ejercicios parecían haberle agotado ya. A Anton, por el contrario, las indicaciones del psicólogo le habían parecido más bien casi un juego: doblar los brazos, mantener la tensión, soltar...

«¿Será quizá que el pequeño vampiro tensa sus músculos con demasiada fuerza?», pensó. ¡Al fin y al cabo, los vampiros tienen una fuerza extraordinaria!

El color amarillo

—¡Si ya no quieres seguir, lo dejamos ahora mismo! —dijo el señor Schwartenfeger.

—Yo..., yo creo que para ser la primera vez es suficiente —musitó el pequeño vampiro.

—¡Claro que sí! —le confirmó el señor Schwartenfeger—. Tú no tienes más que decírmelo.

«¡Así de rápido deberían acceder también mis padres en casa a mis deseos!», pensó con envidia Anton. Pero es que ellos no eran psicólogos...

—Para ser la primera sesión, realmente hemos hecho un montón de cosas —dijo elogioso el señor Schwartenfeger.

«¿Un montón?», pensó Anton poniéndolo en duda. ¡Las clases de gimnasia en su colegio eran más cansadas!

—En las próximas sesiones aprenderás otros ejercicios de relajamiento —explicó el señor Schwartenfeger—. Y será después cuando empiece el auténtico programa de entrenamiento: la desensibilización.

—Cómo, ¿hasta entonces nada?

—No. Ahora seguro que comprendes por qué necesitamos tiempo para el programa.

—Humm, sí —dijo el pequeño vampiro.

—Bien. ¡Y para terminar esta sesión de prueba hablemos del color amarillo! —anunció el señor Schwartenfeger.

Cogió la bolsa de Anton y sacó consecutivamente las gafas de sol —¡sorprendentemente aún estaban intactas!—, los calcetines, la banda de la frente, el aceite bronceador, la crema solar y el chándal.

—¡Brrr, puf! —voceó el pequeño vampiro.

—De momento, el color amarillo todavía te produce miedo —dijo el señor Schwartenfeger asintiendo con la cabeza—. Pero créeme, cuando hayas aprendido a relajarte bien, ¡perderás ese miedo!

Para asombro de Anton volvió a meter las cosas en la bolsa. La fuerte aversión de Rüdiger parecía haberle convencido de que por el momento no era muy beneficioso proseguir con aquella parte del entrenamiento.

—A mi otro paciente, Igno Rante, al principio tampoco le gustaba el amarillo —dijo.

—¿A su otro paciente?

El pequeño vampiro hizo rechinar sus afilados colmillos.

—Ese Igno Rante... —empezó a decir tras pensárselo un poco—. Anton me ha contado que ni siquiera usted mismo sabe muy bien si es un vampiro o no.

—Sí... —dijo el señor Schwartenfeger haciendo chirriar su silla—. Hay muchos argumentos *a favor* de que lo sea. Pero él dice que no es *ningún* vampiro. ¡Probablemente no puede aceptarse a sí mismo como vampiro!

—¿Qué quiere decir con eso?

—Me imagino que será así: debe de haber tenido alguna vez una experiencia horrible... Un trauma, como decimos nosotros los psicólogos. Presumiblemente, ese trauma sigue teniendo hoy

sus efectos y eso le empuja a no reconocer que es un vampiro.

El pequeño vampiro puso cara de consternación.

—¿Se habrá encontrado acaso con... cazadores de vampiros?

—Pudiera ser —dijo el señor Schwartenfeger—. ¡Quizá fueran, efectivamente, unos cazadores de vampiros!



—¡Olga! —exclamó el pequeño vampiro—. Ella también tuvo una de esas experiencias horribles... ¡En Transilvania, en su Castillo Seifenschwein!

El señor Schwartenfeger escribió algo en su libreta negra.

—¿Es que Olga es un vampiro? —preguntó.

—¡Sí! —contestó el pequeño vampiro, y prorrumpiendo en sollozos volvió la cara hacia la pared.

—¿Y tampoco ella quiere reconocer que es un vampiro? —siguió preguntando el señor Schwartenfeger.

Rüdiger volvió la cara.

—¡¿Cómo se le ocurre pensar eso?! —exclamó mirando al señor Schwartenfeger con unos ojos que echaban chispas de furia—. ¡Olga está incluso muy orgullosa de ser un vampiro! ¡Y tiene mucha razón para estarlo, pues los Von Seifenschwein son una de las familias de vampiros más antiguas que existen!

«¿Son?», pensó Anton. Probablemente sería más acertado decir «eran». Por lo que él sabía, Olga era la última de los Von Seifenschwein; ¡y no representaba precisamente una honra para la familia!

Pero, como es sabido, aquello el pequeño vampiro lo veía de un modo muy diferente.

—¿Crees tú que podrías traer a Olga? —se interesó el señor Schwartenfeger.

—¡Ja, ¿y cómo?! —dijo el pequeño vampiro—. ¡Si está en Viena!... Y desde Viena hasta aquí hay un buen trecho volando.

El psicólogo volvió a anotar algo en su libreta.

—Pero sí que es verdad que tú quieres hacer el programa por Olga, ¿no? —preguntó entonces.

El pequeño vampiro contrajo sus estrechos y bastante exangües labios.

—Sí —siseó, luchando, a todas luces, por controlarse.

El señor Schwartenfeger escribió algo más y luego cerró la gruesa carpeta negra.

—¡Bueno! Pues ya es bastante por hoy —declaró recostándose en su silla giratoria.



Tiempo de marcharse

—¿Y cómo sigue ahora el programa de desensi..., eh..., el programa? —preguntó Anton, ya que ni el pequeño vampiro ni el señor Schwartenfeger decían nada.

—¿Que cómo sigue? —dijo el psicólogo dirigiendo un gesto provocativo hacia el pequeño vampiro—. ¡Eso ahora tiene que decidirlo sólo Rudolf!

El pequeño vampiro salió sobresaltado de sus pensamientos.

—¿Quién?

—¡Pues tú, Rudolf! —contestó el señor Schwartenfeger—. Yo propongo que te lo vuelvas a pensar todo con calma y que nos volvamos a ver dentro de una semana aquí, en mi consulta, a la misma hora de hoy. ¿Estás de acuerdo?

El pequeño vampiro asintió con la cabeza.

—Entonces os voy a acompañar hasta la puerta —dijo el psicólogo. Y bromeando añadió—: Si no, os vais a equivocar de camino y vais a aterrizar en la sala de estar, que es donde está mi mujer. ¡Y mejor será que no la molestemos!

—¿Su mujer? —dijo con voz ronca el pequeño vampiro relamiéndose arrobado los labios con la punta de la lengua.

—No, de ninguna manera —dijo apresuradamente Anton—. ¡Vamos, Rüdiger!

—¿Cómo dices? ¿Rüdiger? —preguntó sorprendido el señor Schwartenfeger—. ¿Tu amigo no se llamaba Rudolf?

Anton se puso pálido.

Sin embargo, se sobrepuso rápidamente y dijo:

—¡Sí, sí, se llama Rudolf, Rudolf Camembert! Sólo que... ¡Rüdiger suena más moderno! ¡Por eso!

El señor Schwartenfeger se levantó de su silla giratoria con una sonrisa satisfecha.

—¿Más moderno? —dijo.

—¡Sí! —declaró Anton—. También los vampiros van con los tiempos.

—¡Exactamente! —graznó el pequeño vampiro—. Cuando ya es tiempo se van. ¡Vámonos, Anton!

Se volvió a poner sus zapatos de tela y tras una rápida y anhelante mirada a la ventana desfiló hacia la puerta, que el señor Schwartenfeger ya les había abierto para que salieran. Cruzaron el pasillo en silencio y bajaron las escaleras dirigiéndose hacia la salida.



Problemas de circulación de la sangre

Ya en la puerta de la casa, el señor Schwartenfeger les dio, primero a Anton y luego a Rüdiger, su mano grande y carnosa.

—¡Oh, pero si estás helado! —dijo sorprendido cuando apretó la huesuda mano del vampiro—. ¿Tienes problemas de circulación de la sangre?

—¿Que si tengo problemas de circulación? —exclamó el vampiro soltando una risotada gutural—. ¡Oh, sí! Ahora, por ejemplo, necesito urgentemente algo líquido para activar nuevamente mi... ¡circulación sanguínea!

Anton sintió un escalofrío.

Sin embargo, el señor Schwartenfeger parecía no haberse dado cuenta en absoluto de a qué problemas se refería el pequeño vampiro, pues con gesto serio y de advertencia contestó:

—¡Si tu circulación no está en orden, tienes que decírmelo! Hay determinados ejercicios que no podríamos hacer.

—Esos problemas no los tengo siempre —repuso el pequeño vampiro mirando acechante al psicólogo.

—¿No siempre los tienes?

—No, sólo a veces.

El pequeño vampiro volvió a soltar una ronca risa vampiresca.

—Sí, pero ¿cuándo exactamente? —siguió preguntando tenaz el señor Schwartenfeger.

—¡Ahora tenemos que irnos! —le urgió Anton—. Anda, ven, Rüdiger.

—¡Esperad! —repuso el señor Schwartenfeger—. El asunto de los problemas con la circulación sanguínea quiero aclararlo antes de que os vayáis.

—¿De verdad quiere aclararlo? —preguntó el pequeño vampiro mirando fijamente el fuerte cuello del psicólogo con unos ojos muy abiertos y con un brillo fuera de lo normal—. ¡Eso sería muy amable por su parte, de veras!

—¡Venga, Rüdiger, vámonos! —dijo Anton en voz alta y exigente, y sin vacilar le agarró al vampiro de la capa y tiró de la agujereada tela.

Confiaba en que de esa forma podría conseguir que Rüdiger se despertara de la rigidez en la que caía siempre que se trataba de... sangre.

Y realmente su tirón pareció surtir efecto: el pequeño vampiro se volvió furioso hacia él y gruñó:

—¡Eh, que me estás rompiendo la capa! ¡Patoso! Y es de una tela especial que ya no se puede comprar en ningún sitio... ¡Idiota!

Anton aguantó sin pestañear el chaparrón de insultos de Rüdiger. Como él había supuesto, el señor Schwartenfeger se sintió obligado a poner paz.

—Bueno, bueno —dijo en tono de reproche—. ¡No deberíais volver a desenterrar el hacha de guerra!

—¿Nosotros? —dijo Anton—. Pero si yo estoy muy tranquilo... ¡Como siempre!

Y mirando al pequeño vampiro con una desdeñosa sonrisa burlona añadió:

—Yo creo que la sesión ha sido demasiado agotadora. ¿Sabe usted? ¡Es que los Camembert tienen todos unos nervios bastante..., eh..., débiles!

—¿Débiles?

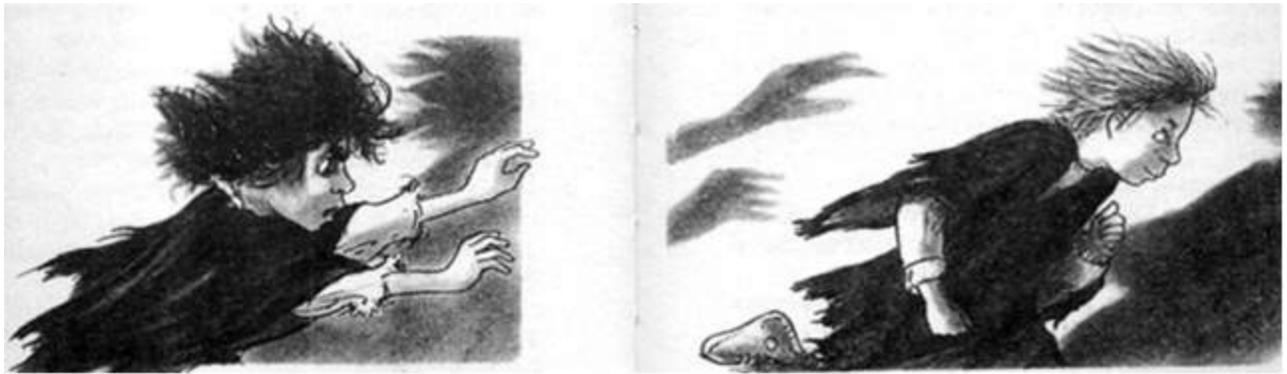
El pequeño vampiro pegó un grito y agitó en el aire los brazos como si fuera a arremeter contra Anton.

—¡Tú vas a tener en seguida un coco débil, ya verás!

—¡Oh, qué miedo me da! —replicó Anton.

Íntimamente estaba muy contento de haber conseguido montar una bronca, pues ahora había llegado la ocasión que él había esperado para darse a la fuga.

—¡A que no me coges! —exclamó, y después de echar un último vistazo a la perpleja cara del psicólogo, echó a correr por la calle y desapareció por el oscuro camino que pasaba al lado de la casa... seguido por un pequeño vampiro que echaba espumarajos de rabia.



Traidores

Tras haber corrido un trecho —lo suficiente para estar a salvo del señor Schwartenfeger— Anton se detuvo y miró amistosamente al pequeño vampiro.

El vampiro redujo la velocidad de sus pasos; seguramente porque se temía alguna estratagema.

—¡No me voy a escapar! —le gritó Anton.

El pequeño vampiro se acercó desconfiado.

—¿Y entonces por qué has echado a correr?

—¡Por precaución! —le explicó Anton.

—¿Por precaución?

—Es que... —dijo Anton haciendo un ademán muy expresivo—. Parecía que al señor Schwartenfeger le ibas a...

—¿Yo... a él? —se rió con voz ronca el vampiro—. Humm, sí... ¡El señor Warzenkneuter ése no tiene pinta de debilucho, no! Y encima hablando constantemente de la circulación de mi sangre...

Suspiró profundamente... quizás al acordarse del psicólogo.

—Pero por lo que a ti respecta, Anton Bohnsack —siguió diciendo después de una pausa y habiendo adoptado su voz un tonillo amenazador—, *tú* eres el traidor más miserable que jamás he conocido.

—¿De veras? —dijo Anton con fingida indiferencia.

—¡Sí señor! —bufó airado el pequeño vampiro—. Primero: le has hablado al Warzenkneuter de Olga. Y segundo: ¡le has revelado mi verdadero nombre!

—Es que se me escapó —se defendió Anton—. Y además... ¡tu sobrenombre, el señor Schwartenfeger no lo sabe!

—¡Y qué más me da! —bufó el vampiro—. ¿Te has parado a pensar qué dirá Olga cuando oiga ese estúpido apellido de «Camembert»? ¡Eso sí que me resulta penoso!

Anton se rió burlón. Se podía figurar muy bien qué era lo que iba a decir Olga, con sus malos modos: ¡que el apellido le venía como anillo al dedo!

—Pues Rudolf «Cadáver» tampoco era precisamente como para tirar cohetes —contestó.

—¡Pero el apellido por lo menos me pegaba! —repuso el pequeño vampiro.

Con una sonrisa soñadora añadió:

—De todas formas, Rudolf «Ber» ^[5] me gusta más. ¡Eso significa valor, y potencia, y fuerza!

—¡Deberías dedicarte a la propaganda!

—¿A qué?

—¡A la propaganda!

Para sorpresa de Anton el vampiro sonrió halagado.

—Pero si ya lo hago... —dijo con una risita irónica—. ¡Desde que conozco a Olga me hago propaganda para conseguir su amor!

Luego, sin embargo, pareció arrepentirse de su sinceridad, pues lanzó a Anton una mirada furiosa y gruñó:

—Ahora me tengo que ir volando.



—Pero el programa... —repuso Anton—. ¿No vamos a hablar del programa?... ¿Y de tu sesión de prueba?

—¡No! —dijo poco amistoso el vampiro—. ¿O es que estás sordo?

—¿Por qué?

—¡Porque el señor Schwartenfeger ha dicho que me lo piense todo con calma!... Y contigo no está uno tranquilo ni un segundo —añadió.

Dicho aquello, el pequeño vampiro se elevó en el aire.

—¿No vamos a volar juntos? —preguntó Anton.

—¿Juntos? —repuso el vampiro—. ¡Nunca había oído esa palabra!

Luego se le tragó la oscuridad.

—¡Y me llama a mí *traidor*! —refunfuñó Anton.

Extendió los brazos por debajo de la capa y, suspirando, emprendió el vuelo de regreso.

El vampiro de los elfos

Cuando llegaron a casa Anton dijo:

—¡Me voy ahora mismo a la cama!

—¿Ya? —se sorprendió su madre—. Pero si mañana empiezas las clases a segunda hora.

—Pero todavía tengo que aprenderme una poesía.

—¿Una poesía? ¿Cuál?

—El vampiro de los elfos.

—¿El vampiro de los elfos?

—Sí..., digo, no: ¡El rey de los elfos! —se corrigió Anton alegrándose por la cara de perplejidad que puso su madre. Comió aún un bocadillo de queso y luego se fue trotando a su habitación y abrió el libro de lengua.

«¿Quién cabalga a estas horas por la noche y el viento?

El padre con el hijo:

tiene al niño en brazos,

le estrecha bien seguro, le calienta».

«—Di: ¿por qué escondes, hijo, con tal miedo

la cara?

—Padre, ¿no ves al rey de los elfos,

el rey de los elfos con corona y manto?

—Hijo mío, ¡si es un jirón de niebla!».

Los pensamientos de Anton se pasaron a Rüdiger y a Anna. ¿Dónde estarían aquella noche?

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Hacía una noche suave y sin viento... Parecía hecha especialmente para irse de excursión. En voz baja recitó:

«¿Quién vuela a estas horas por la noche y el viento?

Rüdiger, el niño vampiro:

tiene a Anton en brazos,

le estrecha bien seguro, le calienta».

«—Di: ¿por qué escondes, Anton, con tal miedo la cara?

—Rüdiger, ¿no ves al rey de los elfos,

el rey de los elfos con corona y manto?

—Anton, ¡si es un jirón de niebla!»

Pero por mucho que forzó la vista, no vio ni a Rüdiger ni a Anna, y en el cielo ni siquiera había un jirón de niebla.

Pesadillas

Mientras Anton seguía asomado a la ventana se abrió la puerta de su habitación.

—¿No estás en la cama? —oyó que decía la voz de su madre.

—Ahora mismo voy —dijo Anton volviéndose lentamente hacia ella.

—¿Qué es lo que han dicho tus amigos de la escuela? —preguntó su madre.

—¿Que qué han dicho? ¿Qué iban a decir?

—¡Pues si el sábado tienen tiempo y ganas de venir a tu fiesta!

—Ah, te referías a la fiesta...

—¿Vienen o no?

—Hummm, probablemente sí.

—¿Qué significa probablemente?

—Bueno, es que... todavía no he hablado con todos.

Y eso también era verdad; por lo menos por lo que se refería a Anna y a Rüdiger.

Por el contrario, los amigos de la escuela —Ole, Sebastian y Henning— ya habían dicho que irían.

—Pues entonces será mejor que les preguntes mañana —dijo su madre—. Para que nos vayamos haciendo a la idea de cuántos vais a ser el sábado.

—¿Que les pregunte?

Anton cerró la ventana.

«¡Sí, si se pudiera!», pensó él. Pero con los vampiros no se podía llamar simplemente a la puerta de su casa y preguntarles: ¿tenéis tiempo?, ¿queréis venir?

Anton cogió el libro de lengua y lo metió debajo de su almohada.

Su madre sonrió burlona.

—¿Crees tú que eso te va a servir?

—¿Por qué? —se hizo el sorprendido Anton.

—Te digo por experiencia que sólo hay un método para aprenderse una poesía —contestó ella—. ¡Hay que leerla una y otra vez! Pero así como tú lo haces no te vas a aprender la poesía nunca.

¡A lo sumo te golpearás la cabeza con el duro lomo del libro!

—Bah... —dijo desdeñoso Anton—. Eso no me preocupa. Me preocupa más tener pesadillas por su contenido...

—¿Pesadillas? —dijo indignada su madre—. ¿Por lo que pone en tu libro de lengua? Seguro que no. ¡Eso es literatura!

—Por desgracia —suspiró Anton.

Se puso su pijama.

—¡Buenas noches!

—¡Quizá deberías intentarlo leyendo! —observó incisiva su madre.

—¿Leyendo? —dijo Anton cuando ella cerró la puerta y se marchó—. ¡Una idea extraordinaria!

Sacó de la librería «*Hombres-lobo: las trece historias más terribles*» y, complacido, se metió

en la cama.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] Juego de palabras entre schnuppern («olisquear») y Schnuppermaul. (N. del T.) <<

[2] Juego de palabras: la palabra original (Aufzug) puede significar «atavío» y «ascensor». (N. del T.) <<

[3] Juego de palabras: el término original (ausgebucht), puede entenderse en sentido figurado como «sin libro». (N. del T.) <<

[4] Camembert: queso suave; se pronuncia camember. (N. de la A.) <<

[5] «Ber» es la pronunciación en castellano de la palabra Bar del original, que significa «oso» (N. del T.) <<